951

JACINTO BENAVENTE

EL AUTOMÓVIL

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Salón del Prado, 14, hotel

1903

EL AUTOMÓVIL

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

63

EL AUTOMÓVIL

COMEDIA

EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JACINTO BENAVENTE

Estrenada en el TEATRO LARA 19 de Diciembre de 1902

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11
Teléfono número 551

1903

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARÍA LUISA	SRA. RUIZ.
MARGARITA	SRTA. DOMUS.
DOÑA TELESFORA	SRA. VALVERDE.
PAQUITA	SRTA. ALBA.
JULIANITA	ZIUR.
MUSETTE	RODRÍGUEZ.
FEDERICO	SR. MONTENEGRO.
DON HILARIO	RODRÍGUEZ.
EL MARQUÉS DEL SUSPIRO DEL MORO	SANTIAGO.
ENRIQUE	BARRAYCOA.
PEPE TOMILLARES	CALLE.
CARRILLO	CANTALAPIEDRA.

La acción en una playa á la moda, entre española y francesa.
Epoca actual

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

Salón en un casino veraniego. Excesivamente modernista. Es de noche

ESCENA PRIMERA

MARÍA LUISA y FEDERICO, sentados. Se oye música dentro

M. LUISA ¿Te parece que estoy bien vestida esta noche? Me alegro. Porque tú tienes muy buen gusto.

FED Ya lo creo. Me has gustado tú.

M. LUISA No, en eso, no.

FED. (Remedándola.) En eso, no. Lo dices sin creerlo. Cada día estás más bonita.

M. LUISA Así, por días.

FED. Por horas. Con el aire del mar se te ha puesto un color...

M. LUISA No me lo digas; negrucha, ¿verdad? Y el cutis muy áspero.

FED. La manita, no.

M. LUISA Que nos ve todo el mundo. Mi tía y mi prima no nos quitarán ojo.

FED. Mejor... ¡que nos vean!

M. LUISA Que nos miran .. ¡Ay! Pero, si estamos solos. ¡Nos han dejado solos! ¿Dónde se han ido?

FED. ¿Solos? Mejor. ¿Y ahora?

M. LUISA Ahora si que no. No faltaba más...

FED. ¿No decías antes que nos miraban?

M. LUISA Pues, qué quieres, me parece, peor ahora, que no nos miran. ¡Pero, qué ocurrencia! Dejarnos así sin avisar. . Luego, la tía le

607375

dice á papá que vive sacrificada por acompañarme... ¡Si papá supiera!... Y aquí no estamos bien.

FED. ¿Por qué no? En una sala de casino... como en plena calle.

M. LUISA Estarán en el salón de baile. Paquita y Julianita saben que nos aburre, y habrán intrigado con la tía para que las acompañe.

FED. O estarán en los caballitos. Tu tía tiene de cuando en cuando una corazonada.

M. LUISA Los cinco verdes que acertó el primer día, la volvieron loca. Pero yo no me atrevo á moverme de aquí, no hagamos la procesión del niño perdido.

FED. No tardarán. Digo, si es que tu tía no da con otra racha de verdes... ó tu prima Paquita con el suspirado pretendiente, que eso si que no será racha.

M. LUISA ¡Pobre prima!

FED. Sin agraviarla, cuidado que tiene ganas de novio.

M. LUISA Regularcillas. Está en una edad tan crítica, y la pobre tiene tan poco que agradecer á Dios...

FED. Pues, á los hombres, me parece que va á tener menos que agradecerles.

M. LUISA Ella cree que todo consiste en que está muy gruesa. Hace diabluras por adelgazar. De seguro estará valsando.

FED. ¡Pobre pareja!

M. LUISA Mira; vamos al salón de baile. Aquí estoy violenta.

FED. ¡Qué tontería! ¡Se está tan bien aquí!... Aunque nos vean, tardaremos tan poco en reparar nuestra falta... Ya lo sabes, á la entrada de invierno...

M. LUISA Sí, sí; tú no sabes lo que son los preparativos. Y mira, yo no soy tonta, digo lo que siento; estoy deseando casarme, sobre todo... por esto, por no tener que preocuparme de los acompañantes, por ir á todas partes con quien me parezca.

FED. Conmigo siempre, siempre juntos, como ahora.

M. LUISA Siempre no. Ya sé que lo dices por decir... ó porque lo crees ahora, pero yo no soy tonta para creerte ni para exigirlo. No soy de esas mujeres que ponen á su marido en ridículo, y hay muchas maneras de poner á un marido en ridículo.

FED. Ya lo creo.

M. LUISA Cuando vamos de visitas, de tiendas, de tiendas sobre todo. ¡Qué papel más desairado el de un marido que permite que su mujer regatee con el comerciante! Y si es el marido el que regatea.. Y te advierto, que mi mayor diversión es ir de tiendas.

FED. ¡Digo! Sé de memoria todos los escaparates de Madrid. ¡Me he llevado unos plantoncitos delante!...

M. LUISA Y ahora, casada, que podré comprar muchas más cosas y más bonitas. ¿A que no sabes cuando yo era una chiquilla por qué deseaba casarme, más que por nada?

FED. ¡Qué sé yo!

M. LUISA Por llevar muchas joyas y vestidos de terciopelo. ¡Me entusiasman! ¡Ah! Y las pieles también me entusiasman, y como se llevan ahora, combinadas con encajes y gasas... Desde luego, para vestirse y para todo, el estar casada se presta á más combinaciones.

FED. Por eso no reñiremos, ya sabes que me gusta todo lo *chic*.

M. LUISA Aquí no volveremos otro verano.

FED. Es un quiero y no puedo insoportable; ni España, ni Francia; ni San Sebastián, ni Biarritz.

M. LUISA Cuando queda esto bien, es en Octubre, cuando se va todo el mundo.

FED. Entonces, sí. Si la gente tuviera buen gusto, entonces es cuando debía venir todo el mundo... (Vuelve á oirse la música.)

M. LUISA ¡Qué bonito vals! Nuestro vals. ¿Te acuerdas?

FED. El primero. ¿Dónde fué? En casa de los Renovales, ¿verdad?

M. LUISA No; en casa de Julia. En el último baile que dieron, antes del último escándalo.

FED. Después dieron más...

M. LUISA ¿Más bailes?

FED. No; más escándalos.

M. LUISA ¡Qué lástima de gente! ¡Una casa tan bien puesta! ¡Se pasaba tan bien allí!

FED. Tu padre fué el primero que los embargó. ¿No es verdad?

M. LUISA No hubo más remedio. ¡Fué un disgusto! Pero ya se lo advirtió papá el último día que comimos allí. Ya sabes que papá es muy serio para sus asuntos.

FED. Dímelo á mí. El día que me presenté á pedirle permiso para nuestras relaciones, estaba dispuesto á llevarme á los Tribunales.

M. LUISA Es que le habían dicho tales cosas de tí... ¡Porque tenías una fama!...

FED. Por nada malo.

M. LUISA Eso decía yo. Por gastar mucho dinero en cosas de buen gusto... Cuando yo le oía decir á papá... ¡Es un perdido! Se ha gastado ocho mil duros en un tronco de caballos rusos... yo no podía participar de la indignación de papá; á pesar mío, me eras muy simpático, y te admiraba.

FED. ¡Me admirabas! ¡Si habíamos nacido el uno para el otro!

M. LUISA Lo triste fué el día en que papá me dijo, más indignado que nunca: Ha comprado un collar de perlas para...

FED. No me la nombres.

M. LUISA Lo del collar, me parecía admirable; pero pensar que ese collar... Oye, oye; hablando de lo mismo: me han dicho que anda por aquí cerca...

FED. Te prohibo que recuerdes. Si anda cerca, mejor.

M. LUISA Pues tú bien chiflado estuviste.

FED. Esa es la palabra. Pero ahora estoy en mi sano juicio, soy otro hombre: lo sabes tú, lo sabe tu padre.

M. LUISA Si yo no me asusto. Yo nunca hubiera querido á un hombre sin mundo, sin experiencia de la vida. Y papá piensa lo mismo; es lo que él dice: la experiencia vale por un buen capital.

FED. Pues nadie mejor que tu padre sabe lo que me ha costado la mía.

M. LUISA No hables así de papá. Es muy bueno; á mí no sabe negarme ningún capricho, ya lo ves; ni el de casarme contigo, que á mucha gente le parece una bar... ¿Qué regalo dirás que piensa hacerme ahora?

FED. ¡Qué sé yo!

M. LUISA Un automóvil.

FED. ¿Un automóvil? Ya veo la intención. Para impedir nuestra boda.

M. LUISA ¿Por qué?

FED. Porque nos matamos antes.

M. LUISA ¡Qué broma fúnebre! Nunca has de hablar en serio.

FED. Es mi carácter. ¿No dices que te agrada tanto mi carácter? ¿Que antes de conocerme te era ya simpático... por eso porque tu padre se indignaba conmigo?

M. LUISA Es verdad, pero entonces... era otra cosa; me hacías gracia, pero no te quería como ahora; ahora te quiero más formal, tengo miedo de que tampoco me tomes en serio... y si vieras, yo también tengo el genio alegre, y me río de todo, y creía que esto de querer era una broma, una alegría más de la vida, y no lo es, es muy serio, casi triste. Ahora pienso yo en muchas cosas que no había pensado nunca. En lo que será de nosotros mañana, y después, y dentro de muchos años y siempre. Y al pensar que uno de los dos ha de morirse antes que el otro, y que ese puedes ser tú... ¡ay! me muero de pena.

FED. María Luisa, por Dios, que estamos en el casino... Cuando somos tan felices, cuando dentro de poco estaremos casados, no es ocasión de pensar en nada serio. Tu tía... (Mirando hacia la primera derecha) que no nos vea conmovidos, creerá que hemos tenido algún disgusto.

ESCENA II

DICHOS, DOÑA TELESFORA y ENRIQUE por la primera derecha

M. LUISA Pero tía, ¿dónde se mete usted?

TELES. ¡Cómo! ¿Estaban ustedes solos? ¡Solos aquí!

M. LUISA ¡Claro! Nos dejan ustedes.

TELES. Esas niñas. ¡Qué locas! Estarán bailoteando.

ENR. ¿No estaba mi hermana con ustedes?

M. LUISA Hola, Enrique. Sí, estaba, pero ha desaparecido con mi prima.

TELES. ¿Y tu padre? ¿No estaba aquí tu padre?

FED Don Hilario no piensa más que en la concentración. El partido que se forma todos los veranos por estas playas. Andará de conferencias.

ENR. (Bajo á Federico.) No están malas conferencias. Anda de acoso por la sala del crimen.

FED. (Bajo á Enrique.) Ya me lo figuro, he pasado por ello. No perderá el tiempo.

M. LUISA ¿Y usted, tía, y usted?

TELES. No quieras saberlo. He caído en la tentación. Mira... veinticinco duros. (Enseñando unos billetes.) Una suerte loca.

M. LUISA Pero, tía...

TELES. Si llego á tener arranque... Todo el mundo me achuchaba. Atrévase usted, señora. Me dió el corazón que ganaba el amarillo, juego dos pesetas... ¡púm! el amarillo. ¡Figúrate si llegan á ser cinco duros! Juego á la repetida, y ¡cataplúm! otras dos pesetas. No me atreví á doblar. ¡Figúrate si doblo! Luego me da la corazonada del verde, y ¡púm! acierto cuatro ¡Es racha! dicen unos, debe quebrar, dicen otros, y yo voy á la quiebra, y ¡paf! empieza un *tierce á tout* precioso. Un señor que seguía mi juego, ganó un dineral. Mil gracias, señora, me dijo; es usted mascota... Es favor, le contesto, y quería que hiciésemos una vaquita, pero en esto veo que entraba la de San Serapio, que tiene pata, me quebró el *tierce á tout*, y no quise

seguir jugando... pero he podido ganar un dineral.

ENR. Yo, en cambio, no he acertado una...

TELES. No quiso usted jugar conmigo...

ENR. Me asustó tanta suerte...

TELES. Comprendo que los hombres se cieguen; es una emoción, una... Enrique, corra usted, ponga ested este duro á encarnado... (Dándole el duro.) Me da el corazón que hay racha... Si sale déjele usted dormir .. hasta cinco. Cinco que hacen diez; diez, que hacen veinte; veinte... No, no le deje usted más que cuatro.

ENR. Voy, voy. (Bajo á Federico.) Déjame cinco duros, me he quedado sin una peseta.

FED. Toma... (Dándole un billete.)

ENR. Si ven ustedes á mi hermana, que me espere aquí.

TELES. De buena gana volvía con usted.

ENR. No, déjeme usted... llevo una combinación infalible. (Vase por la primera derecha.)

TELES. Cinco, que hacen diez; diez, que hacen veinte; veinte...

M. LUISA ¡Pero tía! Cualquiera que la vea á usted.

TELES. Si aquí juega todo el mundo. Hay quien se ha sacado el veraneo... Enriqueta, la de Espinosa, llevada ganados más de tres mil pesetas en los caballitos.

FED. Sí, eso cree su marido, es decir, hace como que lo cree.

TELES. No sea usted mal pensado. Delante de mí ganó ayer un dineral en dos posturas... Yo á este paso pienso sacarme el abono del Real.

M. LUISA Sí, sí, cuenta con ello.

FED. No se fíe usted de la suerte.

TELES. Usted habla por experiencia. Pero, no puede usted quejarse; si fué usted desgraciado en el juego, ahora es usted afortunado en amores y tiene usted la compensación.

FED. (Bajo á María Luisa.) ¡Qué indirectita! ¡Y qué simpatico le soy a tu tía!

M. LUISA No te importe... Cuando yo mande en mi casa... ella y mi primita ya verás...

TELES. ¿Hay cotillón?

M. LUISA No; hoy es baile sencillo.

TELES. ¿Y con quién estarán esas chicas?

M. LUISA Con toda la gente que habrá en el salón. Más acompañadas...

TELES. Si todas tuviéramos tu despreocupación.. (A Enrique, que sale por la primera derecha.) ¡Ay! Pronto vuelve usted. ¿Qué hay?

ENR. Nada... Ni una... ni una...

TELES. ¿Es posible? Yo creo que algunas veces hacen trampa... Debe tener algún mecanismo.

M. LUISA Acabará por chiflarse.

TELES. ¿Qué se daba?

ENR. Cada vez una cosa.

TELES. Así no hay juego posible. A mí todo lo que no sea un jueguecito claro como antes... ¡Daba gusto! Cada tres un verde.. ya se sabía... dos colores y ¡púm! un verde... otros dos, y ¡cataplúm! otro verde... Daba gloria.

PAQ (Dentro.) ¡Mamá, mamá!,..

TELES. ¡Hija mía!

ESCENA III

DICHOS, PAQUITA y JULIANITA

PAQ (Saliendo por la primera izquierda.) Pero, ¿cómo no habéis dado una vuelta por el salón? Vosotros, claro, en vuestra isla. Pero, tú, mamá, ¿por qué no has venido á recogernos?

TELES. Porque María Luisa estaba sola.

JUL. Pues está muy animado el baile.

PAQ. No digas, más valía que no lo estuviera. ¡Qué gente! Una de niños góticos que ni bailan ni dejan bailar, diciendo gansadas á las muchachas.

M. LUISA ¿Habéis bailado mucho?

JUL. No; no hemos querido.

PAQ. Ninguna muchacha distinguida bailaba. En estos sitios, ya se sabe, se aprovechan las que en Madrid en el invierno no van á

ninguna parte; como aquí se hace amistad con cualquiera..

JUL. (Aparte á María Luisa.) Te advierto que estaba rabiando por bailar.

M. LUISA Lo supongo.

JUL. Se ha dado una de pavo... A mí me invitaron varios amigos, pero como sé que á tu prima le hubiera costado una enfermedad, no quise aceptar. ¡Buena está tu primita! Me ha dicho horrores de Federico... Para mí nada nuevo, pero yo no soy como ella; sé yo mucho más y no te digo nada.

M. LUISA Sí, tú no eres como ella.

PAQ. (Aparte á doña Telesfora.) No he bailado, porque á Julianita nadie le decía nada, y como se muere de envidia, no he querido darle ese mal rato.

TELES. No sé por qué la guardas consideraciones, después que la tenemos de pegote todo el verano.

PAQ. Y lo agradece. Buenas cosas me ha dicho de María Luisa y de su novio... Lo que todos decimos, pero ella debía callarse.

TELES. Al fin está de huéspeda en su casa sin ser de la familia como nosotras.

PAQ. Y su hermanito en el hotel á costa de Federico. Son un par de hermanitos... Y así viven á costa de todo el mundo, desde que murió su padre.

TELES. El que pasaba por su padre, porque el verdadero padre era más sinvergüenza todavía.

ENR. (Aparte á Federico.) ¿Y cuando te cases seguirás soportando siempre al lado de tu mujer á estas *sobresalientas* de suegra?

FED. Entonces me importará menos; el que no estará siempre al lado de mi mujer seré yo.

ENR. ¡Hombre, hombre! ¿No habíamos convenido en que estabas realmente enamorado?

FED. Y lo estoy; seguramente cuando llevemos algunos años casados, acabaré por quererla.

ENR. Si te pesa, cerca tienes á la otra.

FED. ¿A Margarita?

ENR. Veranea en Biarritz; gran tren por cuenta del Marqués del Suspiro del Moro.

FED ¿Está en fondos?

ENR. Le habrá soplado la vena en el Casino... Mira, no sería difícil que el mejor día caigan por aquí. Corren en automóvil por estas playas. Un automóvil magnífico; es el acontecimiento de este verano.

FED. Sentiría verla.

ENR. ¿Por qué?

FED. Porque sé que me quiere todavía, y ya sabes lo que es ella.

ENR Sí, muy romántica. Su ideal poético es su homónima, Margarita Gauthier. Dice que toda su ilusión sería sacrificarse como ella y morir vestida de blanco, envuelta en pieles...

FED. ¿Y en mis brazos? Gracias. No me siento *primo amoroso* para el papel de Armando.

JUL. (A María Luisa) Voy á dar un alegrón á tu prima .. ¡Enrique! ¡Enrique!

FED. Te llama tu hermana.

ENR. ¿Qué quieres?

JUL. Como cosa tuya invita á bailar á Paquita. Está desesperada; si se acuesta sin bailar esta noche no habrá quien la aguante.

ENR. ¿Es indispensable el sacrificio?

JUL. Sería capaz de indisponerme con María Luisa y tendría que volverme á Madrid, porque este año no veo colocación en otra parte.

ENR. La gente se cansa... y yo también, de esta vida de humillaciones.

JUL. Paciencia. Nuestro papel es complacer á todo el mundo, siempre con buena cara. ¿Has ganado algo?

ENR. Ni un céntimo. Y ya no sé cómo pedirle á Federico.

JUL. Yo me he gastado ya el dinerillo que traje... en compras, en propinas. Toma esta sortija. (Se quita una sortija y se la da)

ENR. ¿Y si notan?...

JUL. Diré que la he perdido. Puede que me compren otra...

ENR. Son diez duros... ¡Bah! Hasta mañana..

JUL Ahora á bailar.

ENR. A bailar... (Se separan.)

M. LUISA ¿Qué te decía tu hermano? ¡Cómo te quiere!...

JUL. Como yo á él. No tenemos á nadie en el mundo. Me hablaba de tí y de Federico; de lo felices que vais á ser; de lo que lucireis en Madrid con vuestra posición y vuestro dinero.

M. LUISA Daremos bailes... En carnaval, de trajes. A mí me entusiasman los bailes de trajes.

JUL. Serás la mujer más feliz del mundo, si no empiezas á tener chiquillos muy pronto.

M. LUISA Eso es lo malo Pasado algún tiempo una niña sola sí me gustaría; muy rubita, para vestirla como un bebé. Ahora hay un gusto para vestir á los niños...

TELES. (A Enrique y Paquita.) ¿Pero van ustedes á bailar á estas horas? Si ya no habrá nadie en el salón... Yo creo que debíamos probar fortuna por última vez. Estas últimas horas suelen ser las más afortunadas. Es la hora de las rachas. ¿Qué dicen ustedes si cogemos una aunque no sea más que seis ó siete? Una vaquita de cinco pesetas cada uno. Yo la juego.

PAQ ¡Mamá! Ya sabes que á estas horas en los caballitos no hay más que cierta clase de gente.

TELES. A todas horas Hay una una tolerancia con esas pájaras ..

ENR. ¿Qué quiere usted? En presentándose con un caballero que las abone... Y si fueran á ser rigoristas se quedaba esto en cuadro.

PAQ. Vamos á bailar.

JUL. Luego si te sofocas y coges uno de tus pasmos...

PAQ. Por Dios, no me sofocaba cuando estaba un poco gruesa.

FED La verdad es que en poco tiempo has adelgazado. (Bueno es lisonjear á la familia.)

PAQ. Ya me pone en aprensión... Temo si iré á volverme tísica...

TELES. ¡Qué cosas dices!

FED. Por lo menos no será galopante.

M. LUISA Aquí viene papá... (Mirando hacia la primera derecha.) Vendrá á buscarme para retirarnos.

PAQ. Es muy temprano. Y Enrique no renuncia á bailar conmigo, ¿verdad?

ENR. No, no renuncio... (¡Cualquiera renuncia!)

JUL. (Aparte.) ¡No, si ella sin bailar no se queda!

ESCENA IV

DICHOS y DON HILARIO por la primera derecha

HIL. ¡Hola, hola! Está aquí toda la brillante juventud. Para ella es la vida, el mundo.

FED. ¿Y esa concentración? ¿Le veremos á usted ministro? De Hacienda por supuesto. Nuestra hacienda necesita de hombres como usted.

HIL. Déjate de bromas. A propósito: tengo que hablar contigó un momento, pero en serio, si es posible.

FED. ¿Ahora mismo?

HIL. Sí; es asunto urgente. Perdona, hija; te embargo á Federico por un momento.

FED. Don Hilario, no me asuste usted.

M. LUISA En el salón de baile esperamos. No tardar.

PAQ. Vamos, vamos á bailar...

TELES. Julianita va con vosotros: no os hago falta.

JUL. (Aparte á Enrique.) (Me ha tomado por señora de compañía.)

ENR. Ten paciencia.

TELES. Yo vuelvo en seguida. Voy á tentar al diablo. Tengo un encarnado en la cabeza que no me va á dejar dormir en toda la noche. (Vase por la primera derecha.)

M. LUISA ¿Qué tendrá que decirte papá? Me asusta.

FED. A mí también: tu papá, en serio, es terrible.

M. LUISA Papá, que esperamos. (Vanse todos menos don Hilario y Federico por la primera izquierda)

ESCENA V

FEDERICO y DON HILARIO

HIL. Querido Federico: cercano el día en el cual nuestras íntimas y antiguas, y estoy por por añadir excelentes relaciones, han de estrecharse más sólidamente afianzadas por los lazos de la familia, los cuales serán para mí tan gratos como espero, y me atrevería á añadir, lo serán para tí... en cuyo caso será el día más feliz de mi vida... Creo que entre nosotros no debe haber secretos ni tonterías... ¿No es eso? ¿No es eso?

FED. ¡Ah! Eso... eso debe ser.

HIL. Por tanto, y reasumiendo sin tonterías, las cuales á nada práctico conducirían entre nosotros, paso á exponerte en breves palabras el objeto de esta explicación ó pequeña *interview*, si te parece mejor, querido Federico.

FED. Como usted quiera.

HIL. ¿Tú conoces á Rafael Gutiérrez de Cetina?

FED. Ya lo creo.

HIL. Sé que tuviste un lance con él.

FED. Sí, un duelo á sable; le abrí la cabeza; desde entonces somos íntimos amigos.

HIL. Sí, ya sé que el duelo fué ..

FED. Por una tontería...

HIL. Por cuestión de honor.

FED. Yo me permití apreciar ligeramente la conducta de un íntimo amigo suyo...

HIL. Eso es muy digno... ¡El culto á la amistad!...

FED. Sí, un íntimo suyo; él tenía entonces relaciones con la mujer de este amigo, y, claro está, le molestó que yo hablara mal de él.

HIL. No comprendo lo que él entendería por molestar; pero esto es lo de menos para el asunto del cual se trata. ¿Tú crees que es hombre de garantías?

FED. (Aparte.) ¡Ya pareció el asunto! (Alto.) ¿Garantías? ¿De qué clase?

HIL. Ya me entiendes, de responsabilidad, de cumplir sus compromisos.

FED. Vamos, sí; hombre á quien se le pueda facilitar dinero. ¿No es esa la palabra?

HIL. Y el asunto. Eso es; facilitar quince mil pesetas. No se trata de mí; ya puedes suponer...

FED. Ya, ya supongo. Usted no presta, usted facilita, busca usted ese dinero de algún amigo, gente que se dedica á esos asuntos...

HIL. Y, naturalmente, yo no puedo comprometer á nadie sin garantías; yo tengo que responder; quince mil pesetas no se dan en el aire, querido Federico. Quince mil pesetas... se dice muy pronto, pero quince mil pesetas no es un grano de anís, querido Federico, quince mil pesetas es una suma...

FED. ¿Una suma? Manejadas por usted, una multiplicación. Reasumiendo, como usted dice. ¿Qué desea usted de mí?

HIL. ¿No te lo he dicho? Informes respecto á esa persona cuyas circunstancias te son conocidas, seguridad de que puedo aventurarme en un negocio en el cual...

FED. Repito que se trata de un cumplido caballero, que puede usted facilitarle esa cantidad sin reparo, seguro de que si no pudiera pagarle á usted se pegaría un tiro.

HIL. Eso no me resuelve nada.

FED. Lo supongo. Prefiere usted que le diga que sería capaz de pegar el tiro á un amigo para robarle esa cantidad y pagarle á usted... De este modo, ¿le ofrece á usted más garantías?

HIL. Hablamos en serio.

FED. ¿Pero usted cree que yo puedo tomar en serio que usted me proponga que yo sea su agente de negocios?

HIL. ¿Qué dices?

FED. Que no vuelva usted á tratar conmigo de semejante asunto, ni pretenda usted que yo ponga mis amistades á su servicio.

HIL. Ahora sales por ese registro. De modo que no puedo contar contigo para nada... que al señorito le tiene sin cuidado mis asuntos...

que no tiene usted enmienda, que ha nacido usted para hidalgo de gotera, esa calamidad nacional, esa...

FED. Corte usted el discurso. He nacido como he nacido. Ni yo me quejo, ni usted puede quejarse.

HIL. ¡Ah! ¿Pero usted cree que una vez casado con mi hija vivirá usted como ha vivido siempre sin preocuparse de nada serio, sin aspiraciones ya sociales, ya políticas?...

FED. Viviré como me parezca, y, en todo caso, como le parezca á mi mujer, que es con quien me caso.

HIL. ¿Estás seguro? ¿De modo que yo no significo nada? ¿Olvida usted que todavía existe una escritura?

FED. No olvido nada. Hoy cuento con el cariño de María Luisa... espero que podrá más que usted.

HIL. Mi hija es mi hija.

FED. No lo parece.

HIL. Porque está demasiado mimada, porque he sido débil, y, sobre todo, porque es de esta sociedad sin respetos ni ideales, de la cual usted forma parte, y como usted millares de jovenzuelos cuya única aspiración es vivir alegremente, como si el vivir no costara nada. (Se oye dentro hablar.)

FED. Viene alguien. Se levanta la sesión. Para la próxima, se avisará á domicilio, querido suegro. (Vase por la primera izquierda. Don Hilario se sienta al lado de una mesa al foro derecha y se pone á leer un periódico.)

ESCENA VI

DON HILARIO, EL MARQUÉS y CARRILLO por el foro derecha

CAR. Por aquí, señor Marqués; pase vuecencia. Aquí no hay nadie.

MARQ. (Elegantemente vestido con un periódico francés en la mano.) No está mal este casinito. Yo no lo

conocía. ¿Y hay mucha gente este año por aquí? Nunca se me ha ocurrido venir. No parece mal.

CAR. Sí señor; hay mucha gente. Cada año viene más.

MARQ. ¿Pero gente bien? ¿Gente conocida?

CAR. Sí, señor Marqués; se juega fuerte; hay movimiento.

MARQ. No está mal, no está mal. ¿Y tú estás aquí?

CAR. Sí, señor Marqués; este verano hemos venido á caer aquí.

MARG. ¿Y de dónde dices que te conozco?

CAR. ¡Oh! ¡Señor Marqués! De muchos sitios.

MARQ. Sí, puede, puede.

CAR Del Casino, después de casa de una amiga de vuecencia... yo estaba allí de mozo de comedor; vuecencia comía allí algunas veces.

MARQ. Sí, puede, puede...

CAR. Después de Eslava: estuve de corista: vuecencia iba mucho allí; tenía vuecencia unas amigas...

MARQ. Sí, ya me acuerdo; unas muchachas moninas, moninas... Está bien. Mira, yo quiero tomar algo, pero, no sé qué; algo ligerito; estoy fatal de mis nervios.

CAR. Vuecencia dirá.

MARQ. Mira; vas á traerme un té hirviendito, hirviendito... y un poco de hielo para enfriarlo, un limón. ¿Entiendes? Unas gotas amargas, un trocito de canela, un huevecito crudo, mostaza inglesa y unas cortecitas de pan tostado. ¿Entiendes?

CAR. (Aparte.) ¡Qué baturrillo! (Alto.) Espere vuecencia. (Recordando.) Un té, limón, pan tostado... En seguida. (Medio mutis.)

MARQ. (Llamándole.) Espera. ¿Sabes quien es aquel señor que lee el periódico? Creo conocerle. (Indicándole á don Hilario.)

CAR. Es el mismo.

MARQ. ¿Sabes quién digo?

CAR Ya lo creo. Hombre de negocios.

MARQ. Avísale que estoy aquí y deseo saludarle. (Aparte.) ¡Qué casualidad!

CAR. (A don Hilario.) Caballero; el señor Marqués del Suspiro que tendrá mucho gusto en saludar á usted. (Vase por el foro derecha.)

ESCENA VII

DON HILARIO y el MARQUÉS. Después CARRILLO con el servicio por el foro derecha

HIL. ¡Queridísimo Marqués! ¿Usted por aquí? ¡Cuán grata sorpresa!

MARQ. Sí, señor, sí; siéntese, hablaremos. ¿Veranea usted aquí?

HIL. Con la familia. He tomado un hotelito.

MARQ. ¡Feliz usted! ¡Con la familia! Con sus hijitos. ¿Cuántos hijitos tiene usted?

HIL. Una hija única.

MARQ. ¡Una hijita! Será monina, monina. He tenido siempre un verdadero culto por la familia, sea porque siempre he vivido solo y no puedo aguantar á nadie...

HIL. ¿Por qué no se ha casado usted?

MARQ. Por dejadez. He dado el encargo muchas veces, pero nadie se ha ocupado con interés, y viviré solito, cada vez más solito en aquel caserón que se me caería encima si no procurara por todos los medios, no estar nunca en él. ¿Y cómo está esto? Aburrido, ¿verdad? Todo está aburrido.

CAR. (Que sale un poco antes con una gran bandeja con todo lo que ha pedido el Marqués dejándolo encima del velador.) ¿Falta algo, señor Marqués?

MARQ. ¡Oh! ¡Cuánta cosa!... No, no es esto... He cambiado de idea. ¿Puedes hacerme unas sopitas de ajo?... ¿Tú sabes cómo me gustan á mi las sopas de ajo?

CAR. Sí, señor Marqués, me acuerdo de casa de la... las tomaba usted al levantarse.

MARQ. Bueno, pues ya sabes.

CAR. Bajaré yo mismo á la cocina. (Aparte.) Siempre lo mismo, y todavía me debe más de cuarenta duros... Si no fuera porque le cla-

va uno de cuando en cuando... (Vase por el foro, llevándose la bandeja con todo el servicio.)

HIL. ¿Y usted, Marqués, cuándo ha llegado?

MARQ. Ahora mismo. Vengo desde Biarritz.

HIL. ¿A estas horas?

MARQ. En automóvil, un juguete que tengo para distraerme. He venido con unos amigos y unas muchachas que he conocido allí... moninas, moninas. Por ahí andan... Dicen que se juega mucho por aquí.

HIL. ¡Un escándalo! Quisieron prohibirlo, pero hubo una manifestación.

MARQ. No tienen energía. Les tiene sin cuidado que uno se arruine... Aquel Biarritz me ha costado...

HIL. ¡Pero, Marqués... ya sabe usted que le concedí un plazo!...

MARQ. No me hable usted. Yo lo perdono todo, es mi carácter, pero lo que usted hizo, no se hace con ningún amigo. ¡Pretender ejecutarme! .. No está bien, póngase usted la mano sobre el corazón, verá usted cómo le dice que no está bien...

HIL. Los negocios...

MARQ. No, querido amigo, no; hay algo que está por encima de todo; los afectos, la consideración de las personas. No es un reproche, pero no me hable usted así nunca. El que yo no le haya pagado, no es motivo para que se enfríe nuestra amistad.

HIL. (Aparte.) ¿Y quién se enfada?

MARQ. Sobre que no hemos concluido de negociar juntos. Casualmente, ha tenido usted la dicha de encontrarme.

HIL. ¿Sí, eh?

MARQ. Ampliaremos el asuntito. Quedará una cifra redonda.

HIL. Imposible, querido Marqués... Aquí no dispongo de fondos, ni...

MARQ. ¿Imposible? A un amigo como yo se le dice imposible... Acabaré por reñir con usted, y lo sentiría: abusa usted de la debilidad que tengo por usted

HIL. Pero, querido Marqués, sin garantías...

MARQ. ¿Mi nombre no es una garantía, mi firma, mi palabra?... Me da el corazón que aquí saldamos nuestra cuentecita. En cuanto yo me dé una vuelta por esas salas.

HIL. Le desplumarán á usted como á todo el mundo... Como á mi cuñada, que se ha propuesto quedarse sin camisa. (Viendo llegar á doña Telesfora por la primera derecha muy agitada.)

ESCENA VIII

DICHOS. DOÑA TELESFORA y después CARRILLO, por el foro

HIL. ¿Qué? ¿Hubo racha?

TELES. Claro que la hubo, pero no hay quien me quite de la cabeza que en cuanto se juega en gordo, hacen trampa. Como que esto debía estar prohibido. ¡Si los que venimos aquí tuviésemos vergüenza! ¡Y qué gente! Llena está esa sala de francesas, jugando como locas, y ¡claro! como todas juegan á lo mismo, llaman la atención y quiebra el juego cuando está una más confiada. Hay una que ha perdido treinta luises en un momento.

MARQ. Ya es perder, ya.

HIL. ¡Mira que haber venido aquí á volverte loca!...

TELES A propósito. Con permiso de este caballero. (Se ponen á hablar aparte.)

MARQ. ¡Madame!

CAR. (Saliendo por el foro.) Señor Marqués, en las cocinas sólo ha quedado un cocinero francés, que no entiende lo que le pido.

MARQ. ¡Déjalo, déjalo! Ya se me ha quitado toda la ilusión; no quiero nada. Voy á dar una vuelta por ahí. ¿Hacia dónde está la ladronera?

CAR. ¿El restaurant? Por aquí. (Señalando al foro.)

MARQ. No, hombre; quiero decir...

CAR. ¡Ah! ¿Los recreos? En el segundo piso. (Vase por el foro.)

TELES. Pues ahí la tienes, y ha venido, porque sabe que él está aquí, y eso no ha concluído todavía.

HIL. Puede ser, porque el caballerito es de oro.

TELES. Si yo no sé en lo que estabas pensando cuando consentiste esas relaciones.

HIL. Cualquiera os quita de la cabeza á las mujeres un disparate.

TELES. Si se casa y es desgraciada, que no venga á quejarse. Ya se lo hemos dicho todos. ¿Por qué no caso yo á mi Paquita? Porque para casarla con un perdido, siempre hay tiempo.

MARQ. Don Hilario. Con permiso de madame...

TELES. Usted lo tiene. (¿Quién es este vejestorio?)

HIL. (¡Calla! ¡Un marqués!)

TELES. Yo voy á recoger á esas chicas para retirarnos. Hasta luego. ¡Caballero!

MARQ. ¡Madame! (Vase doña Telesfora por la primera izquierda.) ¿Es de su familia de usted esta señora? Parece un ángel de bondad.

HIL. Cuñada mía. Para mí ha sido una segunda madre de mi hija.

MARQ. Acompáñeme usted, don Hilario. Usted es hombre de suerte; quiero uncir su suerte á la mía.

HIL Querido Marqués, emplee usted otra frase, porque usted es un guasoncito manso.

MARQ. ¿Le ha molestado á usted lo de uncir? Es una palabra poética, simbólica y hasta parlamentaria, pero si le molesta á usted, queda retirada... Siempre su amigo, siempre... (Viendo llegar a Margarita, Musette y Pepe, que salen por el foro.) ¡Hola, moninas! ¿Por dónde habeis andado?

ESCENA IX

DICHOS MARGARITA, MUSETTE y PEPE

MARG. ¿No lo ves? Haciendo un poco de *toilette*. No íbamos á presentarnos de brujas con los guardapolvos y las antiparras. Pero esto ya está visto: ¡de una cursilería desesperante! Pepe ha perdido ya unos cuartos á los caballitos, ésta ha soltado ya dos barbaridades en fran-

cés, tú habrás perdido también, no nos queda que hacer aquí.

MARQ. Te equivocas. Yo todavía no he empezado.

PEPE ¿Pero no vamos á proseguir nuestro viaje? Hay que ir á cenar esas sardinas asadas del Puerto Viejo: dicen que es lo más distinguido.

MUS. Sí, vámonos. ¿Quién dijo que esto era mejor que Biarritz? Las ganas. Como no haiga más que lo que hemos visto...

MARG. Haya, mujer, haya.

MUS. Nunca me acuerdo.

MARG. Es que no te fijas. Siempre la estoy reprendiendo.

PEPE Tú la educas, pero como luego habla todo el día con Manolo Junquera que dice haiga hasta cuando habla del aya de sus niñas.

MARG. ¡Qué exageración! Bueno. ¿Nos largamos?

MARQ. ¡Ay, que moninas! No me dejan vivir. Tanto afán porque viniéramos. Marchaos solitas. Pepe os acampaña. Váis á cenar esas sardinitas y volvéis por mí cuando os parezca.

MARG ¿Tenemos permiso? Mejor que mejor.

MARQ. Yo tengo que hablar largamente con este amigo, don Hilario Reguera, uno de nuestros prohombres.

HIL. ¡Señoritas! (Al Marqués.) (No me comprometa usted.)

MARG. Tanto gusto...

MUS. Servidora de usted. ¿La familia buena?

HIL. Muy buena. ¿La de usted?

MUS. La mía, regular nada más.

PEPE (A Margarita.) ¿Sabes quién es?

MARG. (Sí, el suegro.)

MARQ Con que os dejo en libertad, no abuséis de ella como los pueblos jóvenes. Don Hilario, no se separe usted de mí. *Au plaisir, mes petites.* (Vase con don Hilario por el foro.)

ESCENA X

MARGARITA, MUSETTE y PEPE

PEPE ¡Qué casualidad! El primer tropezón. Federico no andará muy lejos.

MARG. ¡Pobre Federico!

MUS. Yo conocía mucho á este don Hilario.

PEPE Ya lo hemos visto: le has preguntado por la familia.

MUS. El no se acuerda, pero mi tía Niceta estuvo en la portería de una casa de este señor. Dice que es un tío con la mar de dinero.

PEPE Figúrate; con el mío, con el de Federico, con el de todo el mundo... Pero, á Federico, siquiera le ha tocado el reintegro.

MUS. Eso es ser vivo.

PEPE Es lo natural. Así se funden las castas, se nivelan las clases, y la vida resulta un espectáculo divertido, sobre todo para el espectador que tiene buena localidad.

MARG. A mí no me digan; Federico no se casa por gusto; su carácter no puede avenirse con esta gente Además, está enamorado de mí, y tengo la seguridad de que si volviera a verme y yo quisiera...

MUS. ¡Qué prima eres! Crees que conoces á los hombres y vives pero que en una pura ilusión; en habiendo dinero por medio, en otro estilo, son peores qne nosotras.

PEPE Eres de un excepticismo aterrador; pero, pienso como tú; Federico se casa muy contento: para él no había otra soluoión.

MARG. Pues dejadme creer que se casa porque yo quiero.

PEPE Te sacrificas como la dama.

MARG. Ya sabes que es mi obra favorita. Siempre que la representan voy á verla al anfiteatro porque me doy unas de llorar... Ya sé que soy tonta; pero es cuestión de educación, camo yo he nacido en otra esfera...

MUS. ¡Tantas hemos nacido en otra esfera, mira ésta!

MARG. ¿Pensabas tú llevar sombrero y andar en automóvil?

MUS. ¿Pero tú crees que lo llevo por gusto? Y el automóvil... Cada vez que subo, si me valiera, iría dando gritos como una loca. ¡Vaya una diversión!

MARG. Pues, hija; entonces, haberte casado con uno de tu clase y haber vivido en una bohardilla tan ricamente.

MUS. Pero, ¿tú crees que es tan fácil casarse y vivir en una bohardilla tan ricamente?

PEPE No; si ella conoce el mundo.

MUS. *Pa* chasco.

PEPE Silencio. . acércate .. Mira quién está allí.

MARG. ¿Quién?... Federico... El cuadro de familia...

PEPE Que mira...

MARG. Ya me ha visto. ¡Pobre Federico! Y la novia no vale nada, decía que era distinguida... Apuesto á que dentro de dos minutos está aquí con cualquier pretexto. Y voy á darle un susto. Y estoy por darle una broma algo pesada.

PEPE No, mujer, ten lástima.

MARG. Por eso mismo, porque me da lástima. ¿Tú crees que no era un favor desbaratar esa boda?... ¡Já, já! Tendría gracia.

MUS. ¿Pero de qué te ríes tú sola?

MARG. Vamos á reirnos todos. Llama á Federico. Dices que deseo hablarle un momento. Yo le espero en el parque con ésta... en el automóvil; figura que me despido para siempre... le hago subir para despedirme. El automóvil sale disparado, él no puede bajar, si no quiere matarse, y nos le llevamos á Biarritz. Un rapto. ¿No tiene gracia?

PEPE Mucha, pero es para que nos mate.

MUS. ¿Y qué dirá el Marqués que nos espera?

MARG. ¡Que diga! Nada, nada; yo estoy muy aburrida este verano; necesito una emoción fuerte. Robar á un hombre. Será la primera vez que se haya visto. Saldremos en los periódicos.

PEPE — Sé franca; dí que todavía quieres á Federico, y echas á broma lo que es muy serio para tí. Sabes muy bien que después de esa broma, rapto ó fuga, no es fácil que se case, porque á la novia le parecerá muy pesada la broma.

MARG. — Puede. En fin... burlas ó veras, es cosa decidida. Nos le llevamos. No me hagas traición. Voy á prepararlo todo; el *chaufleur* en su puesto... nosotros también... *teuf, teuf* .. hasta Biarritz. Compuesto y sin novia.

PEPE — Y arruinado.

MARG. — Como si en el mundo no hubiera más que el dinero. Corre, no tardes.

PEPE — Voy, voy. Con tal de que la novia no se escame... (Vase Pepe por la primera izquierda.)

MARG. — ¡Qué hombres! No saben hablar más que de dinero. Vamos... ¿pero te estás durmiendo?

MUS. — Por no oirte... porque estoy viendo que haces una de las tuyas. El Marqués se enfadará, con razón, y te dejará plantada, y ya verás cómo acaba el verano; hasta la frontera los gendarmes, y hasta el Modelo la guardia civil.

MARG. — No se te ocurren más que ordinarieces. Si le quitan á la vida algo de poesía... ¡Corre, que vienen! (Vanse por el foro.)

ESCENA XI

FEDERICO y PEPE por la primera izquierda

FED. — Querido Pepe; dile que no me comprometa, que se haga cargo...

PEPE — No te asustes; no quiere más que saludarte y despedirse de tí. Seguimos nuestro viaje. Por no llamar aquí la atención, te espera en el coche. Te agradecerá mucho la atención; ya sabes lo que ella se paga de cualquier galantería.

FED. — Pero es que mi novia ya sospecha que está aquí; no sé quién ha podido decírselo. Tú no sabes que toda la familia lleva á mal

nuestra boda, y me hacen una guerra... si me cogen en un renuncio...

PEPE (¡Pobre amigo: soy un Judas!) Entonces, tú verás... no quiero que por mí... no me eches la culpa si te sucede algo.

FED. No, no; ya me has llamado, voy á saludarla, pero, un momento .. nada más que un momento. (Viendo llegar á don Hilario.) Digo, mi suegro de manos á boca... y contento tengo á mi suegro...

ESCENA XII

DICHOS y DON HILARIO por el foro

HIL. ¿Y María Luisa? ¿Y todos?

FED. Ahí los tiene. (Señalando á la sala de juego.)

HIL. ¿Otra vez? Pero mi cuñada tiene menos juicio que las muchachas.

FED. Es la última vaquita... Yo voy á saludar á un amigo que ha llegado de Francia con su señora y sus niños. Vuelvo en seguida.

HIL. No tardes. He pensado una expedición.

FED. ¿Una expedición á estas horas?

HIL. Sí; al Puerto Viejo, á comer esas sardinas famosas... ¿no tenías tantas ganas de ir?... Tengo una sorpresa.

FED. ¿Una sorpresa?

HIL. Sí; acabo de hacer un pequeño negocio; ya lo sabrás.

FED. Sí; se le conoce á usted en la cara.

HIL. Qué contenta va á ponerse María Luisa... Era el capricho que ella tenía.

FED. Me pone usted en curiosidad. Vuelvo en seguida. (A Pepe.) Ya ves, cualquiera se escurre con esta familia. (Vanse por el foro Pepe y Federico.)

ESCENA XIII

DON HILARIO. Después DOÑA TELESFORA, MARÍA LUISA, PAQUITA, JULIANITA y ENRIQUE, todos por la primera derecha

HIL. Ha sido una ganga, una verdadera ganga. Un magnífico automóvil de siete mil francos por tres mil pesetas... Y haciéndole un favor, porque el Marqués esta noche por tres mil pesetas estaba dispuesto á todo. ¡Qué alegría para María Luisa! Y también yo tenía gana de un automóvil... Es una cosa distinguida... ir por ahí sin que se le ponga á uno nada por delante... y pobre del que se ponga... Un automóvil y un título, aunque sea romano... Pero eso es más caro que un automóvil. Si los titulos fueran traspasables el Marqués ya me hubiera cedido el suyo en quinientas pesetas.

TELES. (Saliendo.) Ya no se juega más; tocamos á quince pesetas. Es una combinación infalible...

JUL. ¡¡Pero qué suerte tiene usted!

TELES. Lo que me falta es arranque, arranque... ¿Venías á buscarnos?

M. LUISA Si estamos de retirada.

HIL. ¿Habéis desbancado?

M. LUISA ¿Qué le dijiste antes á Federico? Dice que te enfadaste con él.

HIL. Tonterías; ya no me acuerdo, ni hay que hablar de eso... Le quieres tú y basta... Tengo que darte una sorpresa.

M. LUISA ¿Sí?

HIL. Un regalo .. adivina... (Se oye la bocina del automóvil que se marcha.) ¡Caramba!

TELES. ¿Qué es eso? ¡Parece que gritan!

PAQ. Es un automóvil. ¡Cómo corre!

HIL. Lo están probando. Ya he dado la orden... Ese automóvil es nuestro, tuyo... acabo de comprarlo.

M. LUISA ¿De veras? ¡Hay qué gusto! ¡Qué sorpresa!

PAQ. ¿Pero los venden aquí, tío?

HIL. Ha sido una ocasión.

TELES. No seré yo quien suba. ¡Me da un miedo!

HIL. Si queréis, ahora mismo podemos estrenarlo. Nos vamos á comer sardinas.

M. LUISA Sí, sí.

PAQ. Vamos...

JUL. Vamos...

HIL. Pues andando... El *chauffeur* está desde hoy á mi servicio... Poneos los abrigos y en marcha.

TELES. Yo no, yo no.

M. LUISA No tenga usted miedo. ¿Y Federico? Vendrá Federico.

HIL. Dijo que iba á saludar á un amigo.

TELES. (Aparte.) ¡No estará mal amigo!

M. LUISA Mientras viene nos arreglaremos en el guardarropa.

ESCENA XIV

DICHOS y CARRILLO por el foro

CAR. Don Hilario, don Hilario...

HIL. ¿Qué ocurre? ¿Has dado ya la orden del señor Marqués?... ¿Sabe ya el *chauffeur?*...

CAR. ¡Imposible! El automóvil del señor Marqués acaba de salir á toda máquina.

HIL. ¡No es posible! No será el mismo.

CAR. El mismo, el mismo, color de naranja con vivos azules...

HIL. Eso es.

CAR. Vuelve á Biarritz con las mismas señoritas que han venido y dos caballeros... uno, por cierto, el joven que estuvo hablando aquí con usted.

HIL. ¡Federico! No es posible... Fede...

CAR. Don Federico. Eso es, así se llama.

M. LUISA ¿Qué ocurre, papá?

TELES. ¿Qué pasa?

HIL. ¡Bribón! ¡Bribón! El Marqués y el otro, los dos. Han querido burlarse de mí, de tí, de

todos... Esto es indigno, esto es criminal... ¡Pero va á ver quién soy yo!

M. LUISA ¿Pero, qué pasa?

TELES. ¿Qué ha sido?

JUL. ¿Qué le ocurre á usted?

HIL. ¡Nada! ¡Una friolera! ¿Estás seguro de lo que has dicho? No esté yo tomando en balde esta incomodidad

CAR. Segurísimo. Por cierto que todos iban riendo á carcajadas... la gran juerga.

HIL. ¡Ya lo oyes! El, tu prometido, Federico...

M. LUISA ¿Qué?

HIL. Se ha marchado con esas mujeres en mi automóvil... un automóvil que yo he pagado. ¡Dile al señor Marqués que baje en seguida; dile lo que ocurre! Esto es una estafa. (Vase Carrillo.) Esto entra de lleno en el Código penal... ¡Conmigo no se juega!

M. LUISA No puede ser, papá, no puede ser...

HIL. No debía ser.

TELES. A mí no me coge de susto...

PAQ. Todos te lo decíamos...

JUL. Yo me resisto á creerlo.

ENR. Si es verdad no vuelvo á saludarle.

HIL. ¡Tú verás quién soy yo, quién es tu padre!

PAQ. Ha sido una burla... has quedado en ridículo.

JUL Eso sí... estás en ridículo.

TELES. ¡Qué campanada!... ¡Cuando se entere la gente!

PAQ. ¡Pobre María Luisa! ¿Cómo vas á presentarte ante el mundo después de esto?

TELES. ¡Pobre hija mía!

PAQ. ¡Ay... ay! ¡Qué disgusto!

HIL. Esto nos faltaba.

TELES. El accidente. ¡Claro! Es tan nerviosa... quiere tanto á su prima... ¡Un médico! ¡Hija mía! ¡Paquita! (Entre todos la sientan en una silla y y la abanican.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, EL MARQUÉS y CARRILLO detrás por el foro

MARQ. ¿Pero qué significa?. .

HIL. Que es usted un trapisondista, un farsante... que se ha burlado usted de mí.

MARQ. ¿A mi qué me cuenta usted?... Yo no tengo que ver con esos caballeros... Sobre todo, ahí tiene usted su dinero. Déjeme usted en paz.

HIL. ¿Mi dinero? Esto... (Cogiendo cuatro fichas de juego que ha soltado el Marqués sobre el velador.)

MARQ. Bueno, lo que queda de su dinero. Para esto me molesta usted, me desbarata un juego precioso... ¿Cree usted que va á perder el automóvil? (Sale Carrillo con un vaso con agua que le ha pedido Enrique al salir con el Marqués)

HIL. A mí no me importa el automóvil, lo que me interesa es mi seriedad, el porvenir de mi hija...

MARQ. ¿Y á mí qué me cuenta usted?

HIL. ¡Como no tiene usted vergüenza!...

MARQ. ¡Si no le debiera á usted lo que le debo, no me diría usted eso!

ENR. Señores, señores...

TELES. No vuelve... no vuelve... Ayúdeme usted á llevarla cerca de los balcones.

ENR ¿Yo? (¡No basta haber bailado con ella!)

JUL. A mí también me va á dar algo.

ENR. No compliques la situación.

M. LUISA ¡Qué tontas sois! Yo estoy muy tranquila, tan tranquila...

HIL. Haces bien. Ese hombre no merece tu cariño. Hubieras sido muy desgraciada. No pienses más en él. Tu padre te comprará todo lo que tú quieras... Encontraremos otro automóvil... compraremos otro marido... bueno... al revés... ¡no sé lo que me digo!

M. LUISA Pero ha sido una infamia... una infamia..

Porque yo le quería... le quería mucho... Era muy simpático.

HIL. Todos los pillos son simpáticos. Ven, hija, desahoga tu pecho en el seno de tu padre.

TELES. Y en el de tu tía... (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero

ESCENA PRIMERA

EL MARQUÉS y CARRILLO. El primero tomando chocolate

CAR. ¿Está el chocolate á gusto de vuecencia? Lo he recomendado muy especialmente.

MARQ. No está mal, no está mal. Los bollitos son impasibles. Toda la vida me acordaré de unos bizcochitos que tomé yo en Holanda un verano que se me ocurrió ir por allí. ¡Exquisitos! Los servían unas aldeanas. .

CAR. ¿Moninas?

MARQ. No: gordas, grandes; caballotes; pero los bizcochitos eran deliciosos: tengo que volver allí sólo por los bizcochitos; con chocolate irían muy bien; y mira tú, allí no habia chocolate: nunca hay nada completo. Esto, por ejemplo, sería un paraíso, si la gente no fuese tan amiga de chismes y cuentos. ¡Qué gente! Con esa historia del automóvil, están imposibles; que si fué, que si vino, que si la muchacha, que si yo. ¡Figúrate! ¡Yo! ¡Yo! Hasta los periódicos de Madrid creo que han hablado con alusiones transparentes: «Un marqués distinguido, de buena figura...» ese soy yo.

CAR. Está bien claro.

MARQ. No se respeta nada. Yo estoy solo en el mundo, por desgracia ó por fortuna... Vaya usted á saber, vaya usted á saber.. pero, figúrate que tuviera mujer, hijitos, y leyeran... Y á esa pobre monina, llamarla en letras de molde *demi-mondaine*; eso es meterse en la vida privada... todo está desquiciado. No hay energía en los que mandan; y cuando arriba no hay energía ¿cómo andará abajo? Todo perdido..

CAR. ¡Bah! ¡Quién hace caso de habladurías! Hoy habrá otra historia, la de ese matrimonio que se ha separado...

MARQ. ¿Un matrimonio separado? ¡Cuenta, cuenta! ¿Gente bien?..

CAR. Ella, una rubia guapa, muy elegante, venía aquí todas las noches con un caballero grueso, algo bizco...

MARQ. ¿El marido?

CAR. No; el marido es un buen mozo, joven, elegante...

MARQ. ¿Y se han separado? ¿Por culpa de quién? ¿De la mujer, del marido?

CAR. De los tres...

MARQ. ¡Vaya! Se me ha pegado la murmuración de aquí. No quiero saber nada, no pregunto nada... ¿Y ella, dices que es rubia? Interesante, interesante... ¡Pobre! ¡pobre! Una mujer desgraciada que irá rodando, rodando. A mí me da siempre lástima de las mujeres que ruedan...

CAR. Y menos mal, si ruedan en coche... ó en automóvil.

MARQ. ¡Cuidadito! No vuelvas á nombrar el automóvil. Nadie sabe el disgusto que yo he pasado... ¡Una boda desecha! ¡Un escándalo! Y mi nombre mezclado con todo esto... Por eso he decidido no volver á Biarritz; no se hablará de otra cosa; ni parezco por Madrid en todo el invierno, ni.. ¡Qué cosas, señor, qué cosas! Qué desagradable es todo esto para mi carácter.

ESCENA II

DICHOS y DON HILARIO, por el foro derecha

HIL. Muy señor mío. ¿Podría usted prestarme unos momentos de ligera atención?

MARQ. ¿Prestarle yo á usted? (Carrillo recoge el servicio del chocolate y se va por el foro.) Querido amigo; vaya, déjese de ceremonias; ya sabe usted que no soy rencoroso: aunque usted haya dejado de saludarme, yo soy siempre el mismo. Nuestra antigua amistad no puede enfriarse por un acaloramiento; yo nunca me acaloro: esperaba que usted, con el corazón en la mano, sería el primero en darme todo género de explicaciones; las doy por recibidas; queda usted perdonado. Venga esa mano: siéntese usted.

HIL. (Con este hombre no hay modo de enfadarse.)

MARQ. ¿Y cómo va? ¿Cómo va? ¿Qué es de su pobre hijita? ¡Si usted supiera lo que pienso en ella!.. ¡Pobre, pobre! ¡Perder una ilusión! la primera quizás.. ¡Ay, después va uno perdiendo tantas! Siempre me acuerdo de aquello... «Hojas del árbol caídas...» Yo soy un romántico, he vivido en las nubes...

HIL. En clase de trueno..

MARQ. Siempre ese *sprit*. En las nubes, el trueno está bien; muy espiritual y muy de usted... usted en el Congreso, sería terrible; florentino, florentino.

HIL. Usted si que es capaz de tomar el pelo y de sacar de quicio..

MARQ. ¡Oh! No; eso ya no está bien. ¿Yo tomar el pelo? ¡Pobre de mí! No está bien...

HIL ¿Me permite usted que le exponga de una vez el asunto del cual me veo precisado á tratar con usted, sin cuya circunstancia, acaso nunca hubiera vuelto á dirigir á usted la palabra?

MARQ. Se ha propuesto usted reñir conmigo. Diga usted lo que quiera.

HIL. En primer lugar, esta mañana he recibido una demanda del juzgado.

MARQ. Alguna vez había usted de ser el demandado.

HIL. No; si el demandado es usted.

MARQ. ¿Yo, yo? ¿Demandado? Será cosa de usted; no puede ser otra cosa.

HIL. Me demandan como dueño del automóvil; el famoso automóvil que usted tuvo la desfachatez de venderme...

MARQ. Le devolví á usted su dinero; no tiene usted derecho á molestarme.

HIL. Sí, señor, que tengo derecho; porque sepa usted que se me reclama una indemnización por varios atropellos cometidos por el dichoso artefacto en tiempos en que usted, y solo usted, era su dueño.

MARQ. ¿Atropellos?

HIL. Sí, señor, sí; unos borregos atropellados; diez ó doce borregos...

MARQ. ¡Ah! Sí, sí... ya me acuerdo; yo creí que nadie se acordaría...

HIL. ¡Claro! Creerá usted que no hay más que atropellar borregos...

MARQ. Eso fué al entrar en España: esas cosas no suceden más que en España: van los borregos por los caminos. ¿A quién se le ocurre que los borregos vayan por donde va la gente? No tienen la culpa los borregos.

HIL. Ni yo tampoco. Por todo lo cual, usted verá de no inmiscuirme para nada en un asunto al cual soy y debo ser extraño en absoluto.

MARQ. Usted sabe que yo, después de devolver á usted su dinero, vendí otra vez el automóvil...

HIL. Sí; al buena pieza de Federico. ¿De dónde habrá sacado el dinero para pagarlo?

MARQ. Se lo he vendido á plazos.

HIL. Otra estupidez de usted.

MARQ. ¿Qué es eso de estupidez?.. ¿Qué es eso de otra estupidez? Como si yo no hiciera más que estupideces. ¿Es eso lo que usted ha querido decir?

HIL. No, señor, no... ¿Y la prójima?... ¿También se la ha cedido usted á plazos?

MARQ. Pensará usted como todo el mundo que yo tenía algo que ver con ella... Una buena amistad... Un verdadero afecto. Ella es romántica como yo: ¡somos dos románticos!

HIL. Ustedes no tienen pizca de aprensión.

MARQ. Usted juzga desde un punto de vista..

HIL El cinismo de Federico es intolerable. ¡Continuar aquí al lado de esa mujer, exhibiéndose á todas horas con ella, frecuentando los mismos lugares que mi familia, que mi hija.

MARQ. No está bien, no está bien...

HIL. Yo, por mí, comprenda usted que ya me hubiera marchado de aquí, con mi familia...

MARQ. No hubiera estado mal... no hubiera estado mal...

HIL. Pero, comprenda usted que no somos nosotros los que debemos marcharnos.

MARQ ¡Claro que no, claro que no!

HIL. Mi cuñada tiene mucha razón. Parecería que nosotros tenemos por qué ocultarnos.

MARQ. ¡Claro que sí, claro que sí! Le sobra á usted razón; y para que vea usted que yo le quiero, á pesar de que es usted un ingrato... ¡Sí, un ingrato.. un ingrato! Yo hablaré con esas calamidades, espero que me atenderán uno y otro; ellos, en el fondo, son buenos muchachos.... ella, sobre todo, muy buen fondo... Hay de aquí .. y habiendo de aquí... (Señalando el corazón.) Es tan fácil tocar aquí.. Yo les hablaré, yo les hablaré.

HIL. Mucho agradecería que usted consiguiese... (Se oyen voces dentro.) Viene mi familia; se empeñan en venir, á riesgo de encontrarse con...

MARQ. ¿Quién sabe si uno y otro buscan ese riesgo? Usted no conoce el corazón... El amor es niño, le gusta jugar...

HIL. ¿Usted cree?...

MARQ. Que si su hija de usted y Federico no se querían de verdad, habrá sido un bien que se descomponga la boda á tiempo.. que si

se quieren todavía, ellos volverán á reunirse, aunque todo parezca separarlos.. ¡Oh! ¡*l'amour, l'amour*! (Vase por la primera derecha.)

ESCENA III

DON HILARIO, DOÑA TELESFORA, MARÍA LUISA, PAQUITA, JULIANITA y ENRIQUE. Todos salen hablando por el foro derecha

M. LUISA ¡Hola, papá!

PAQ. ¡Adiós, tío!

HIL. ¡Hola, hola! Creí que ya no veníais. Hoy no os he visto en toda la tarde. ¿Por dónde habéis andado?

TELES. Vida de campo. Nos hemos convencido de que es lo más sano.

M. LUISA Hemos dado un gran paseo; corriendo y jugando como chiquillas.

PAQ. Yo he saltado á la comba.

HIL. Así me gusta; que te distraigas, que te dividiertas.

JUL. Ya no se acuerda de nada. ¿Verdad?

M. LUISA De nada, de nada. Enrique, ¿habló usted con Federico? (Llamándole aparte.)

ENR. Sí; esta tarde. Quedó en traerme el retrato en miniatura. Dice que creyó que usted no se acordaría de él: todavía lo llevaba en la cadena.

M. LUISA ¿Y por qué no se lo entregó á usted?

ENR. No me atreví á insistir. Manifestó un deseo tan grande de conservarlo.

M. LUISA ¿Sí? ¡Qué gracia!

ENR. Usted no quiere creerlo, pero Federico no puede olvidarla á usted.

M. LUISA ¿Ha sido él quien se lo ha dicho á usted?

ENR. Sí; él, él mismo, y casi se le saltaban las lágrimas.

M. LUISA ¡Qué gracia! Yo también voy á llorar. (Se ríe nerviosamente.)

ENR. Esa risa significa lo mismo que aquellas lágrimas. Es cuestión de nervios.

M. LUISA ¿Usted cree que yo tampoco le he olvidado?

ENR. No es fácil: le está usted viendo á cada paso.

M. LUISA No será porque nos busquemos.

ENR. Pero tampoco será porque se huyan ustedes.

M. LUISA Yo no tengo por qué ocultarme.

ENR. Y él no quiere ocultarse. El caso es que se ven ustedes. (Siguen hablando.)

TELES. (A don Hilario.) Te digo que María Luisa está muy tranquila... ¡Lo que ella se ha divertido esta tarde! Y ha merendado con un apetito...

HIL. Eso me gusta. Ejercicio.. alimentación...

TELES. Hemos comido las famosas sardinas.

PAQ. Yo me he comido dos docenas. Dicen que el pescado es muy bueno para adelgazar... ¿Usted cree que las sardinas adelgazan?

HIL. Ellas, sí.

TELES. Por supuesto, no creas que hemos dejado de cruzarnos en el camino con...

PAQ Siempre en autómovil.

TELES. Y siempre con...

PAQ. ¡Qué descaro!

HIL. ¿Y los ha visto María Luisa?

PAQ. Ya lo creo. Se quedó un poquito triste; para distraerla empecé á contarle ese crimen que traen los periódicos de Madrid.

TELES. ¿Un crimen nuevo?

HIL. El de todos los veranos.

PAQ. ¿No lo has leído? Es muy interesante. Un matrimonio asesinado por la criada. Pero era un matrimonio muy antipático y muy raro; tenían todo el dinero en cuenta corriente y no comían principio más que los domingos; la muchacha en cambio era una infeliz, sostenía relaciones con un pobre muchacho que acababa de cumplir condena y no podían casarse por falta de medios. Es muy interesante. Yo sentiría que los cogieran.

M. LUISA (A Enrique.) Suponiendo que yo perdonara, que yo pudiera olvidar... y ya es suponer, la oposición de mi padre, de toda mi familia, sería invencible en este caso... No hay que pensar en eso... Se acabó para siempre... Nos observan y como saben que usted es muy amigo de Federico, acaso crean...

ENR. No: creen algo mas grave; que aspiro á sus-

tituirle; y su tía de usted y su primita, están alarmadísimas.

M. LUISA ¡Já, já! ¡tiene gracia!

ENR. ¿Le hace á usted gracia?

M. LUISA Por el disparate... ¡Já, já!... Pues seguiremos haciendo creer. Me divierte hacerles rabiar... A usted no le importa que yo me divierta con usted.

ENR. No, no... (¡Me luzco si suelto prenda!)

JUL. (Aparte). Me parece que Enrique va ganando terreno. Sigue mis consejos.

TELES. No es que yo quiera alarmarte, pero, no vayamos á salir de Málaga y entremos en Malagon. Ese pelagatos de Enrique no deja á María Luisa á sol ni á sombra.

PAQ. Y luego la hermana trae y lleva y facilita los encuentros... Hasta á la hora del baño...

HIL. ¿Del baño? Ese caballero se permite...

TELES. Se nos presenta en unos trajes de titiritero.

PAQ. Y la hermanita tiene el descaro de llamarnos la atención: «Miradle, miradle, es un Apolo.»

HIL. Un Apolo... á cuarta hora... A ver si tengo que romperle algo... ¡Pues no estoy harto de estos señoritos!... Si ya debíamos haber vuelto á Madrid, si os lo estoy diciendo, sí...

TELES. No te alarmes... ¡María Luisa, María Luisa!... Con permiso de Enrique...

ENR. Señora...

M. LUISA Ya lo ve usted, me llaman... No deje usted de recoger el retrato.

ENR. De ningún modo.

M. LUISA ¿Qué quieres, tía?

TELES. Tu padre quiere decirte algo.

M. LUISA ¿A mí? ¿Algo grave?

HIL. Nada; que paseis al salón de baile, que baileis mucho y cada vez con uno, sin hacer caso á ninguno... que no esteis por aquí, cerca de la sala de juego... Ya sabeis que por aquí andan siempre ciertas personas... En fin, nada... que bailes, hija mía, que bailes.

M. LUISA Bueno, papá.

PAQ. Sí, bailaremos... Hoy es día de cotillón. Han inventado una figura muy graciosa.

M. LUISA ¿La de los aros?

PAQ. Cada muchacha coge dos aros, iguales al parecer, como los del circo; uno es de papel de seda y el otro tiene una tabla muy dura detrás del papel... El muchacho que acierta á pasar por el aro de papel, baila con la muchacha, y el qne no acierta y quiere pasar por el otro...

HIL. Se rompe la cabeza ó se levanta un chichón.

M. LUISA Eso es.

PAQ. Y es muy gracioso... Vamos, vamos, Julianita.

JUL. Voy, voy... (Aparte á Enrique.) De modo que no se presenta mal...

ENR. Ya veremos. No quiero hacer una plancha hasta convencerme de que Federico no vuelve.

JUL. ¿Qué ha de voiver? Aunque ellos quisieran lo impedirían todos... después de lo ocurrido... Esta es la ocasión.

PAQ. ¡Julianita! (Aparte.) ¡Ay, qué hermanos!

JUL. ¡Voy, voy! (Aparte.) ¡Ay, qué antipática! (A Enrique.) ¿No tardarás?

PAQ. ¿Pero no viene usted con nosotras? ¡Qué milagro!

ENR. No; tengo que ver á un amigo. Hasta ahora. (Vase por el foro.)

TELES. ¿Te quedas?

HIL. Espero aquí al Marqués; le he dado un encargo...

TELES. (Aparte.) ¿Cómo podría yo escurrirme, para desquitarme de lo de anoche? Porque si me ve mi cuñado me declara pródiga... ¡Y hoy, hoy debe darse el azul de un modo! (Vase por la primera izquierda, que es por donde se van María Luisa, Paquita y Julianita.)

ESCENA IV

DON HILARIO y el MARQUÉS por el foro derecha

HIL. ¡Ah, Marqués! Iba en su busca...

MARQ. Y yo, providencial. Si acabará usted por adorarme...

HIL. ¿Habló usted?...

MARQ. Digan lo que quieran los pesimistas, ni los hombres ni las mujeres son malos en el fondo. Sobre todo, las mujeres. Con un poco de tacto y conocimiento del corazón, se hace de ellas lo que se quiere. ¡Pobres moninas!

HIL. De modo que...

MARQ. ¡Si usted me hubiera oido! He estado paternal; es mi nota. Con decirle á usted que hemos llorado y de verdad. ¿Eh? de verdad: yo sé cuando me conmuevo de verdad. Desde que murió Lulú no había yo llorado.

HIL. ¿Lulú? ¿Otra monina?

MARQ. No; mi perrita, una perrita de lanas. Como aquel animalito no me ha querido nadie... ni Cocó ni Misito... Cocó es un tití, y Misito un gato japonés que me regaló una diplomática japonesa que conocí en Baden Baden... ¡Una figurita de marfil... monina, monina!...

HIL. No divaguemos.

MARQ. Perdone usted. Vivir es divagar. Pero, comprendo su impaciencia... Vamos por partes. Primer punto: Federico...

HIL. No es mal punto.

MARQ. Federico es inocente, Federico ama siempre á su hija de usted, Federico le respeta á usted como á un padre, Federico está arrepentido de todo, y usted debe abrirle los brazos de par en par...

HIL. ¡Magras!

MARQ. ¡Si contesta usted en ese tono, eso es salirse de la cuestión! Podía usted haber callado, ó si estaba usted nervioso, hay otras exclamaciones más correctas... comprenda usted que ¡Magras! no tiene sentido común... yo no esperaba oirlo...

HIL. El que no tiene sentido común es usted...

MARQ. Eso ya puede discutirse; si hubiera usted dicho eso desde un principio. «Querido Marqués, usted no tiene sentido común al creer que Federico esté arrepentido, que yo puedo perdonarle, que...» Pero no quiero discusiones, acabaríamos por reñir.

HIL. ¡Marqués! ¡Marqués! ¡Marqués!... En resumidas cuentas...

MARQ. ¡Cuentas! Usted todo lo reduce á cuentas. Mi misión queda terminada. Esa joven sólo desea que usted mismo le ruegue, le exija usted... si le parece mejor, que se aleje de aquí para siempre, que no turbe la felicidad de su hija, que...

HIL. ¿Yo? ¿Yo? No faltaba otra cosa... ¡Se le puede á usted dar un encarguito!... ¿Rebajarme yo?...

MARQ. Un padre no se rebaja nunca. ¿Usted conoce *La dama de las camelias?* ¿Recuerda usted la escena de Margarita con el padre de Armando? Una escena muy tierna... Pues, bien, algo así; Margarita, esta Margarita se la sabe de memoria...

HIL. ¿Y á mí qué me cuenta usted? ¡Como si se supiera *El Morrongo*!

MARQ. No es usted artista. Ella desea, como se dice ahora, vivir esa escena... Un padre que exige un sacrificio... y ella que suplica á los pies del padre... á los pies de usted, usted que llora...

HIL. En eso estoy pensando.

MARQ. ¿Qué trabajo le cuesta á usted hacer una escena? Le advierto á usted que ella está deseando sacrificarse, porque en confianza le diré á usted que tanto Federico como ella están aburridos y sin una peseta.

HIL ¿Sí? ¿eh?... Me alegro... y quiere usted que como si no hubiera pasado nada... Ya verá, ya verá ese punto.

MARQ. Hoy podría usted sacarle el automóvil por mil pesetas y luego me pagaba usted los plazos. ¿Qué me dice usted? No vaya usted á decirme otra vez ¡Magras! porque no lo consiento. ¡Nada, nada! Habla usted con ella, la convence usted..

HIL. Pero usted quiere comprometerme... ¿cómo voy yo á hablar con esa? ..

MARQ. Le advierto á usted que nos escucha, y que sólo espera que yo la diga... adelante, adelante... (Aparece Margarita por el foro.)

MARG. ¡Caballero!...

HIL. (¡Habrá viejo idiota! ¿Qué hago yo ahora?)

MARQ. Margarita, el señor, padre de esa joven espiritual, víctima inocente... me ha rogado con insistencia... que le proporcionara esta entrevista.

MARG. No necesitaba usted insistir.

HIL. (Claro que no...)

MARQ. Bueno. Yo no necesito justificar mi salida... Es un padre... Háblele como á un padre... Háblele usted con confianza... Tiene de aquí... (Señala el corazón.) Le respondo á usted de ello. (Vase por el foro.)

ESCENA V

DON HILARIO y MARGARITA

MARG. Caballero, ya le escucho.

HIL. (Aparte.) ¿Y qué digo yo? Si supiera algo de esa escena que dice el Marqués... (Alto.) Pues bien, usted ya sabe, el Marqués le habrá dicho á usted el asunto del cual... en cuyo caso...

MARG. Usted sabe que no se puede hacer mucho caso del Marqués.

HIL. En efecto; divaga, divaga en ocasiones. (Aparte.) ¡Qué perfume! ¡Estas mujeres son de mucho cuidado!

MARG. El Marqués, en nombre de usted, se ha permitido indicarme la conveniencia de marcharme de aquí lo más pronto posible, en compañía de Federico. ¿No es eso?

HIL. Es un ruego, al cual yo espero que usted ha de atender, en cuyo caso, quedaré á usted sumamente agradecido. Comprenda usted que la gente, la sociedad, la...

MARG. Yo me hago cargo de todo. Pertenezco á una familia distinguida, y estoy impuesta en todos los deberes sociales... Pero de eso, á que usted me ofrezca una cantidad...

HIL. ¿Cantidad?

MARG. Sí, sí; no rectifique usted. El Marqués me lo ha dicho, que usted no repararía en nada, habló de miles, no sé si de pesetas ó de duros, es lo mismo.

HIL. (Aparte.) Pero, qué generoso es ese Marqués con mi dinero... Y ésta se lo habrá creído.

MARG. Y eso, no, caballero, eso no. Usted podrá juzgarme como quiera, pero no tiene usted derecho á ofenderme de ese modo. Yo nó acepto nada. ¿Entiende usted? Nada.

HIL. (Aparte.) (Menos mal.) En esa seguridad me atrevía á ofrecérselo... Sé que es usted una joven ..

MARG. Señorita, caballero; todavía merezco alguna cortesía.

HIL. Usted perdone: sé que es usted una señorita de corazón, una señorita con muy buen fondo...

MARG. ¡Si yo le contara á usted mi historia!... ¡Cómo me comprendería usted!...

HIL. No me cuente usted nada... Lo sé todo, lo que no sé, me lo figuro; es fácil figurárselo.

MARG. Usted tiene una hija bella, inocente, pura...

HIL (Aparte.) (Esto me suena á teatro.)

MARG. Y cuando le veo á usted ante mí, suplicante, con lágrimas en los ojos... al verle á usted, veo á mi padre, (que en nada se parece á usted), y sin vacilar estoy dispuesta á todo, á marcharme de aquí... pero yo sola, sola; ó por lo menos con otro que no sea Federico.

HIL. (Aparte.) Es de mucho cuidado esta mujer. ¡Vaya si es de cuidado!

MARG. Nunca podría perdonarme que ese automóvil, que tantos atropellos ha causado, hubiera atropellado también el porvenir, la felicidad de dos personas que se aman.

HIL. (Aparte.) (Ahora me acuerdo de los borregos. Tendría gracia que me costaran los cuartos.)

MARG. Yo le aseguro á usted que Federico no es culpable, que salió de aquí por su voluntad; fué una broma preparada por mí.

HIL. Si fué una broma, pudo regresar al día siguiente, contarle todo...

MARG. Hubiera sido peor. Una especie de rapto en esa forma, pone á un hombre en ridículo; y créalo usted, su hija de usted prefiere creer que Federico huyó por su voluntad; porque no me había olvidado todavía, ó porque deseaba olvidarla á ella; cualquier cosa Una traición la perdonan las mujeres, el ridículo nunca... Conozco el corazón de la mujer, tanto como el del hombre...

HIL. (¡Me envuelve, me envuelve!)

MARG. Comprenda usted que si Federico hubiera procedido por maldad... hubiéramos esperado á su matrimonio... Federico hubiera sido rico... ¿No comprende usted que es lógico mi razonamiento? ¿Que no tiene vuelta de hoja?

HIL. En efecto, por interés... (Aparte.) (¡Me envuelve, me envuelve!) (Alto.) Pero, tampoco es admisible que por una locura, por un capricho, se juegue así con la seriedad de una familia, de...

MARG. ¡Ay, caballero! Ya que no admite usted la inocencia de Federico, suponga usted que se dejó seducir por mí, que fué débil. ¿Respondería usted de su proceder en caso semejante? Si usted hubiera querido á una mujer, no digamos hermosa, á una mujer como yo... nada más que como yo...

HIL. ¿Le parece á usted poco?

MARG. ¿Le parece á usted mucho? Es usted muy amable... Usted es viudo... ¿verdad?

HIL. Viudo como el pájaro en el aire.

MARG. ¿Viudo? Supongamos que estuviera para casarse... y la víspera... Ya ve usted, la víspera me encontrara usted en su camino, y yo le invitara á usted á acompañarme un día, sólo un día. ¡Un día de recuerdos!

HIL. Verdaderamente; un día no compromete á nada.

MARG. ¿Sería usted capaz de desairarme? Ahora mismo .. Si yo le invitara á usted á un almuerzo íntimo... Si yo le dijera: hace tiempo que deseo arreglar mis asuntos... y para ello, desearía entenderme con una persona inte-

ligente. Yo poseo muebles y cuadros antiguos... alhajas de valor... En buenas condiciones tomaría alguna cantidad que me permitiera pagar otros picos...

HIL. ¿Muchos picos?

MARG. ¡Ay! No quiero pensarlo. Ese es asunto para tratarlo más despacio... Mañana en el hotel de doce á una, le espero á usted; almorzaremos solos. ¿Faltará usted?

HIL. (¡Me ha envuelto, me ha envuelto!) De doce á una me tiene usted allí.

MARG. Después, si usted quiere, daremos una vueltecita en el automóvil.

HIL. ¿En el automóvil?

MARG. Y si le llevo á usted hasta Biarritz y tarda usted en volver al lado de su familia, comprenderá usted que el automóvil corre mucho... y una mujer que se lo proponga, corre más todavía... ¡Já, já, já!

HIL. (Aparte.) ¿Se ha burlado de mí?

MARG. (Al ver á Musette y Tomillares que aparecen por el foro.) ¡Ah, mis amigos! Vengan ustedes, vengan ustedes.

HIL. Señorita... mi seriedad. . mi...

MARG. Y la mía... De doce á una mañana le espero... No falte usted.

HIL. (Aparte.) (Tenga usted mundo para esto. . ¡Como coja al Marqués! ¡A mis años hacerme cantar estos duos!) (Vase por la primera derecha.)

ESCENA VII

MARGARITA, MUSETTE y TOMILLARES

MARG. ¡Já, já, já!

MUS. ¡Hija! ¡Dichosa tú que te diviertes sola!

MARG. ¿A que no sabéis con quién acabo de hablar?

TOM. Si te hemos visto; con el padre de Armando; colocaste la escena.

MUS. ¿De Armando? ¿Quién es Armando?

TOM. Déjate de averiguaciones; la literatura no es de tu distrito.

MUS. ¡Ni falta! Pero, ¿no es el papá de la niña compuesta y sin novio el que hablaba contigo?

MARG. El mismo.

MUS. Habrá tenido que oir...

MARG. Ya lo creo; figúrate que le tengo convidado á almorzar; mañana le espero.

TOM. ¿De veras?

MARG. Como lo oyes. Puede que no vaya porque no he podido contenerme y habrá comprendido que me burlaba de él, pero he conseguido seducirle, marearle ¡Pobre señor!

TOM. ¡Magnífico! Es un arreglo modernísimo de la Dama... Si Margarita hubiera hecho lo que tú con papá Duval, se hubiera ahorrado muchos disgustos.

MARG. Y no he terminado todavía: me he propuesto reunir á toda la familia en mi casa y pasearlos á todos en automóvil.

MUS. ¿Estás loca?...

TOM. Eso es ya más difícil... Y aunque lo consiguieras, ¿qué te propones?

MARG. ¡Qué se yo! Pasar el verano divertida; eso creerá la gente, pero, no es eso; es que Federico es el único hombre á quien he querido, y me he propuesto ser yo quien le case con la hija de don Hilario.

TOM. ¿Le quieres y deseas que se case? No te entiendo.

MUS. No, si á ésta, para entenderla, hay que leerla un renglón sí y otro no, como ella misma no sabe lo que quiere...

MARG. Sí lo sé, sí. En estos días he comprendido que Federico está realmente enamorado de su novia.

TOM. Lo que está es sin una peseta. La boda solo podía salvarle. Eso es lo que quieres decir...

MARG. Bueno, eso... ¡Si no la dejais á una poetizar!

TOM. ¡Poetizar, poetizar!... Pero, podías haber dejado el paseíto en automóvil para después de su boda...

MARG. Se continuará el verano próximo.

TOM. No; de esta ocasión que se despida Federico. La muchacha todavía podía perdonar, porque es una chiquilla tonta, que solo de-

seaba casarse con un hombre distinguido para figurar; pero la familia, la familia no lo consentiría.

MARG. La familia corre de mi cuenta. ¿No te digo que los convido á todos, á todos, á la tía, á la primita? .. ¿Te apuestas algo? El automóvil.

TOM. ¿El automóvil? Pero, ¿no sabes que es mío? Acabo de comprárselo á Federico.

MARG. ¿Has ganado hoy?

TOM. No; á plazos. Yo se los pago al Marqués, que tampoco había concluído de pagarlo...

MUS. Y á este paso, échese usted á saber quién lo pagará. Habrá automóviles que corran, pero como este...

¡El automóvil, mamá! ..

MARG. (Mirando á la primera izquierda.) ¡Calla! La familia... Nos esconderemos aquí. Si nos ven, pasarán de largo... Si se quedan salimos y ya te diré de lo que hemos de hablar .. pero muy alto para que se enteren. ¡Plan de batalla!

MUS. ¿Otra bromita?

MARG. ¡Calla! Vamos.

TOM. Ensayo general. El drama, el *vaudeville*, todo lo domina. ¡Qué artista pierde el mundo! (Vanse los tres por el foro.)

ESCENA VIII

MARÍA LUISA, DOÑA TELESFORA, PAQUITA y JULIANITA, por la primera izquierda

TELES. Los días de moda está el salón imposible.

M. LUISA ¡Imposible! ¡Un calor! ¡Aquí se respira!

PAQ. Dí que tú te encuentras sin sombra en todas partes, y por más que quieres aparentar otra cosa, no sabes ir sino donde crees que puedes verle... aunque sea acompañado. ¡Es un gusto! Nos sentaremos aquí, en rueda, como en visita de duelo... (Se sientan todas formando un corro á la izquierda.) ¡Ay! Jugaremos á juegos de prendas .. No sé para qué

venimos al Casino... digo, sí lo sé... Acabarás por ser tú quien le pida perdón.

M. LUISA Es posible.

TELES. No digas eso ni en broma. María Luisa no piensa en ese hombre, no puede pensar...

M. LUISA (Aparte á Juliana.) ¡Ay, qué posma! Si me valiera darle un cachete...

JUL. (Idem á María Luisa.) Es que está contrariada, como hoy había tomado la pareja por horas... Se ha dado una de bailar con aquel francés casi tan grueso como ella...

M. LUISA Entre los dos despejaron medio salón.

TELES. Paquita, no estés á la corriente, que estás muy sofocada, y luego te despiertas con tos perruna. Debíamos entrar á los caballitos, no por jugar... ya estoy escarmentada, por ver... Es muy entretenido. Jugaremos de cabeza .. De cabeza acierto siempre... me da una rabia...

M. LUISA ¿Qué será de Enrique?

JUL. ¿No le diste un encargo para Federico?

M. LUISA Sí; el último.

TELES. (Viendo aparecer por el foro á Margarita, Musette y Pepe Tomillares, que se dirigen á la derecha y se sientan alrededor de la mesa.) Ya están aquí éstas.

M. LUISA Vámonos, vámonos.

TELES. No; él no viene. No os movais; no crean que nos echan. Como si no las hubiéramos visto. Como vestirse, la verdad es que sabe vestirse... en su clase, ¿eh?

PAQ. ¡Si no estuviera tan delgada! Yo no quisiera estar así...

TELES. No miréis, que son capaces de decirnos algo.

ESCENA IX

DICHAS, MARGARITA, MUSETTE y TOMILLARES, por el foro derecha

MARG. ¿No queréis creerlo? (Decid que no.)

TOM. No lo creemos... no lo creemos. .

MUS. Esa no cuela.

MARG. Os digo que es infalible. Lo que hay es que no me divierte estarme horas y horas sentada en una mesa de juego; no hay dinero que me compense, pero mi combinación es infalible, no se puede perder nunca y se gana siempre. ¡Es infalible, infalible!... (Decid algo como si lo creyerais.)

TOM. La verdad es que yo siempre te he visto ganar.

MUS. Y yo, pero creí que era un casual.

MARG. En Montecarlo gané una temporada más de sesenta mil francos. Allí fué donde me enseñaron el secreto.

TELES. Callad un momento. Está hablando de una cosa muy interesante...

M. LUISA ¿De nosotros?

TELES. No... callad.. (¿Será posible? Estas mujeres saben de todo.)

MARG. Pues, sí; un médico alemán, muy jugador y un sabio, el mismo que me recetó el régimen para adelgazar, que me dió tan gran resultado...

PAQ. (¡Soy toda oídos!...)

MARG. ¿Os acordáis cuando yo estaba tan gruesa.. tan gruesa?... ¡Un fenómeno! (Decid que sí, no seais panolis.)

TOM. ¡Un fenómeno!

MUS. ¡Una barbaridad!

MARG. Pues, en dos meses, con su sistema, ya me véis .. como ahora... parecía imposible.

PAQ. (¿Dónde estará ese doctor?)

TELES (¡Qué combinación será esa!)

MARG. Y es un sistema agradable, se come de todo, no se cambia de vida... En cuanto á la combinación, ahora veréis, jugaremos cinco minutos... veréis qué modo de ganar.

TOM. (Bajo.) ¿Y si pierdes?

MARG. No; cinco minutos salen bien siempre.

ESCENA X

DICHOS y ENRIQUE por la primera derecha

ENR. ¡Señores! (Saludando á Margarita, Musette y Tomillares.)

MARG. ¡Ah! ¡Enrique! Mira quién está allí; no te comprometas saludándonos...

ENR. ¿Qué importa?

MARG. ¿Dónde has dejado á Federico?

ENR. En la sala de juego. Está desesperado.

MARG. Ya lo sé. Es la última carta.

ENR. No; la última es esta. (Dándole una carta.) Con ésta son cinco las que hemos interceptado. No dirás que no soy buen amigo tuyo.

MARG. Sí; eres muy buen amigo. Mira, déjanos. Estoy segura de que aquellas señoras tienen que preguntarte algo.

ENR. ¿A mí?

MARG. Ya me lo dirás... Vamos... Cinco duritos cada uno... jugaré por los tres, no soy egoista.

MUS. Si es infalible la combinación, ahí van diez. (Dándole dos billetes.) Ya ves si tengo confianza en lo infalible.

MUS. Eso es, cinco por éste y cinco por mí. Así es más infalible. (Vanse los tres por la primera derecha.)

ESCENA XI

DICHOS menos MARGARITA, MUSETTE y PEPE TOMILLARES

ENR. Al entrar, no me fijé en ustedes...

PAQ. Es natural. Habiendo algo más llamativo...

TELES. ¡Quién fuera hombre! Tienen ustedes libertad para tratar á todo el mundo. Porque, en medio de todo, esa gente debe de ser muy divertida... ¡Han visto tanto!

ENR. Ya lo creo.

TELES. A propósito; oí que hablaba de un asunto

que... no es que me importe, pero me ha entrado curiosidad... se lo diré á usted para que usted pregunte como cosa de usted.

ENR. (Aparte.) (Tenía razón Margarita.) Con mucho gusto.

PAQ. Enrique, tengo que pedirle á usted un favor: una pregunta que quiero que haga usted como cosa suya... No es nada, pero la curiosidad... Ya le diré á usted... Como usted habla con todo el mundo...

ENR. (Aparte.) (Yo si que tengo curiosidad.)

M. LUISA ¿Y mi retrato?) (Aparte á Enrique.)

ENR. Dice que se lo entregará á usted en propia mano... que necesita hablar con usted ó no se marchará de aquí...

M. LUISA ¿A mí? Ha creído que yo puedo escucharle...

ENR. Eso le dije yo... Tuvimos un disgusto.

M. LUISA ¿Qué te parece? (A Julianita.)

JUL. Después de todo, sería lo mejor, que hablarais de una vez y acabarais de entenderos ó de desentenderos, pero de una vez...

TELES. (Aparte.) (Yo necesito ver cómo se juega esa combinación...) Pero, ¿no entramos un momento?

M. LUISA Yo no; me aburren los caballitos, y la gente que juega, y... (Viendo aparecer en el foro á Federico del brazo del Marqués. Aparte.) (¡Federico!) Sí, vamos, tía, lo que quieras, vamos á jugar... jugaremos, tía, vamos, tía...

TELES. ¿Qué? (Viendo á Federico.) ¡Ah! Ya tardaba mucho en aparecer... Vamos. (Vase con María Luisa y Julianita, por la primera derecha.)

PAQ. (A Enrique.) Venga usted conmigo. (Cogiéndole del brazo y yéndose los dos detrás de doña Telesfora por la primera derecha.) Oiga usted. ¿Es verdad que su amiguita de usted... la del automóvil.. estaba tan gruesa, tan gruesa como yo hace dos años?... ¿Se acuerda usted?...

ENR. Yo la conozco hace poco tiempo; pero puede que sí.

PAQ. Porque he oído decir... (Se van.)

ESCENA XII

FEDERICO y el MARQUÉS que bajan desde el foro al proscenio charlando

FED. No me diga usted nada, querido marqués. Ya sé que debo marcharme de aquí, que es rídiculo este continuo jugar al escondite.. pero comprenda usted que...

MARQ. Por el dinero no te preocupes... ¿Qué deberás en el hotel? Cuatro cuartos...

FED. No; dos cuartos y un saloncito.

MARQ. Quiero decir, cuatro cuartos, una porquería... El dueño del hotel no tendrá la loca pretensión de cobrar en el acto... Nadie cobra en el acto... Tú tienes crédito...

FED. Deshecha la boda, acabó el crédito, acabó todo. He jugado en estos días. Pero el dinero, ya sabe usted, cuando queda poco y quiere uno apretarle para que dure más tiempo, es como la arena, que cuanto más se aprieta entre la mano, más aprisa se escapa entre los dedos.

MARQ. Y que no debía uno jugar nunca... Se vuelve uno imbécil, te lo digo yo.

FED. ¡Estoy desesperado! ¡En buena hora se le ocurrió á usted venir! Aunque hubiera volcado el automóvil...

MARQ. ¡Hombre! Eso es una barbaridad... Yo no tengo la culpa de que te escaparas con las moninas.

FED. ¡Escaparme! ¡Escaparme! Pero, ¿usted cree que puedo contar lo sucedido sin ponerme en ridículo? Además, es inverosimil, nadie lo creería. He tenido que pasar por un loco, por un perdido, cuando sólo he sido un tonto, un imbécil.

MARQ. Eso nos sucede siempre á los hombres... ¿Ves el que parece más conquistador?... Pues ve á averiguar, es un conquistado. De veinte conquistas, saca la cuenta: cinco señoras

maduras que le seducen á uno con su experiencia; cinco patronas de huéspedes que no saben cómo cobrar el hospedaje; cinco criadas de servir que le pierden á uno el respeto; y cinco mujeres de amigos, por el gusto de decirle á su marido: «Fulano no es amigo tuyo, te engaña conmigo; y que el marido deje de saludarnos ó nos rompa un hueso... A esto suele quedar reducida la lista más numerosa del más famoso don Juan moderno. ¡La poesía ha muerto!

FED. No veo solución. ¿Quién me presta á mi ahora veinte mil pesetas? ¿Quién me presta?... (Viendo salir por la primera derecha á María Luisa y Julianita que salen hablando.) Valor para marcharme de aquí... y dejarla de ver para siempre...

MARQ. ¡Ah! La monina triste... Me alegro... Yo puedo decirle algo... La nota paternal es mi nota. El corazón de la mujer responde siempre á esa nota...

ESCENA XIII

DICHOS, MARÍA LUISA y JULIANITA por la primera derecha

M. LUISA Sí, dices bien; es preferible una explicación decisiva... aquí está... Pídele tú el retrato... Yo no quiero mirar...

FED. (Aparte.) (¡Se queda! ¿Consentirá al fin en oirme?) Julianita...

JUL. María Luisa me encarga que sea yo quien recoja su retrato.

FED. Eso quiere decir que se me condena sin oirme, que su cariño era tan grande que no supone siquiera que mi conducta pueda justificarse... se me cree capaz de todo.

MARQ. Señorita, amigo del alma de su padre de usted, debo ser para usted otro padre; permítame usted que, amigo desde la infancia de Federico... desde su infancia, natural-

mente, sea para él un padre... Oígale usted, y...

M. LUISA ¿Oirle? ¿Ahora? Ha tenido tiempo de justificarse. Dígaselo usted.

MARQ. Dice... que has tenido tiempo de justificarte.

FED. Cuando suplica uno, cuando escribe uno cartas que no merecen siquiera contestación... Diga si mis cartas no merecían contestación.

M. LUISA Dígale usted que no he recibido ninguna... que se necesita descaro...

MARQ. Dice que se necesita descaro...

FED. ¡Cinco cartas... cinco! ¡Escritas con el alma!

M. LUISA ¡Habrá embustero!

FED. Yo no miento.

M. LUISA Corriente. ¿Y cómo se disculpa? Pregúntele usted cómo se disculpa.

MARQ. ¿Cómo te disculpas?

FED. Diga usted que demasiado lo sabe... Además si estuviera segura de mi inocencia no necesitaría demostrarla.

M. LUISA ¿Cree que soy tan simple que puedo creer esa historia del rapto? Esa disculpa es ridícula, indigna de un hombre. Aunque fuera verdad, no debía darla...

FED. Eso es, ridícula... demasiado lo sé. Tendré que decir entonces, que dí el escándalo por gusto, porque estaba enamorado de esa mujer, que me he burlado indignamente de una señorita, que soy un canalla... Eso es lo verosímil, ¿no es eso? Esa es la verdad. (Todos á un tiempo.)

JUL. Por Dios, María Luisa, no te sofoques. (Le da el retrato Federico.) Deme usted el retrato. Se acabó todo, es mejor que hablen ustedes... (Dando el retrato á María Luisa.) Toma el retrato... que puede venir tu familia... ¡tu familia, tu familia!

MARQ. No te pongás así. No adelantan ustedes nada... Ya hemos dado bastantes escándalos... Señorita, que puede venir su papá... Piense usted en su papá... ¡su papá, su papá!...

M. LUISA Si fuera eso sería una infamia... Y lo es. Esa

es la verdad. Dígale usted que ha sido un infame que se ha burlado de mí... que le quería mucho. ¡Sí, sí, sí!

FED. Pero no es la verdad, no lo es. Yo no soy capaz de portarme de esa manera.. Si me quisiera no debía creerlo... ¡No, no, no!

M. LUISA Todo ha concluido.

FED. Ahora mismo me voy para siempre.

ESCENA XIV

DICHOS y MARGARITA que sale por la primera derecha

MARG. No sin que sepa usted la verdad.

FED. ¡Margarita!

M. LUISA (A Julianita.) Vámonos, vámonos de aquí.

MARG. No, señorita, no huya usted de mí. No tiene usted por qué tenerme miedo. Federico la quería á usted con toda su alma, no ha dejado de quererla á usted... Aquí tiene usted sus cartas. (Dándoselas.)

FED. ¡Mis cartas!

MARG. Sus cartas, que alguien interesado en que ustedes no se reconciliaran ha interceptado.

FED. Yo se las entregué á Enrique. ¡Ah! ¡Pillo!

MARG. A Enrique que aspiraba á sustituirle á usted... ¿No es verdad, señorita?

M. LUISA En efecto. (A Julianita.) ¿Tú lo sabías?

JUL. (Muy apurada.) ¿Yo? No me ofendas; ni sospechaba... ¿Puedes creer eso de mí?... Ni mi hermano es capaz... Yo se lo diré; voy á avisarle .. (Se descubrió el juego.) (Vase por la primera derecha.)

MARG. Todos han procurado separarlos á ustedes... Menos ustedes mismos que no han podido dejar de quererse á pesar de todo: la prueba es lo que se han atormentado ustedes. Lea usted esas cartas... en todas hallará usted disculpas... pero, ninguna es la verdadera, que la excesiva delicadeza de Federico le ha obligado á ocultar... Federico me acompañó á Biarritz... porque es un caballero...

MARQ. Por eso, no le quepa á usted duda.

MARG. Se trataba de salvarme de una emboscada..

MARQ. (Aparte á Federico.) Estamos en plena fantasía.

MARG. Si hubiera podido consultar con usted, usted hubiese sido la primera en decirle: Corre, se trata de salvar á una mujer, eres un hombre de honor...

MARQ. (Tiene repertorio esta chica)

MARG. Usted sabe que yo debía casarme con el Marqués.

MARQ. ¿Eh?

FED. (Bajo.) Déjela usted... No diga usted nada; socorros mutuos.

MARG. El, que se halla presente, no me dejará mentir.

MARQ. (Pues sí la dejo.) Sí, es verdad, es verdad.

MARG. Eso le probará á usted que todavía soy digna de consideración. Pues, bien, un miserable se permitió ciertas reticencias en pleno casino de Biarritz... El Marqués quería desafiarle... Sólo Federico podía hacer callar al maldiciente y estorbar un duelo. ¡Un duelo por mi causa! Era un hombre de honor. ¿Podía vacilar? Comprometiendo su porvenir, no dudó en acompañarme... ¿No es verdad esto, Federico? ¿No es cierto, Marqués?

MARQ. (Me siento grande.) Tan cierto, que después de aclarado todo, no dudo en casarme con Margarita...

M. LUISA ¿Se casa usted?

MARQ. En cuanto regresemos á Madrid. (Bajo.) No vayas á creértelo.

MARG. Peor podías caer.

MARQ. Pero sin saberlo.

MARG. Señorita, piense usted de mí lo que quiera, hay algo sagrado para mí; el respeto que me inspira su corazón inocente, un cariño inmenso como el que Federico profesa á usted. Créame usted, y en medio de todo, agradezca usted lo sucedido, que les ha hecho á ustedes comprender mejor cuanto se querían.

M. LUISA Yo, la verdad... No podía creer que no me quisiera; pensaba siempre que debía haber

un motivo poderoso, algo que yo no podía comprender, que él, acaso, no podía decirme...

FED. No, no podía decírtelo.... Mi delicadeza... cuestiones de honor... ¿Estoy perdonado?

M. LUISA ¡Federico! De cualquier modo, te hubiera perdonado. ¡Te quería mucho!

MARQ. El corazón de la mujer es como el público de galería... ¡Siempre romántico! ¡Pobrecita! ¡Se ha creído lo más disparatado!

M. LUISA Mi familia será la que no se convenza. Están indignados contigo.

MARG. ¿Su familia de usted? No dirá nada. Todos son muy amigos míos.

M. LUISA ¿De usted?

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, DOÑA TELESFORA, DON HILARIO, PAQUITA, JULIANITA, ENRIQUE por la primera derecha. Después MUSETTE y PEPE TOMILLARES por el foro

TELES. (Disputando con don Hilario.) Te digo que no jugaba... Era de cabeza. ¿Qué es esto? ¡María Luisa! ¡Usted! ¡Esa mujer!...

HIL. ¿Qué significa esto? ¡María Luisa, caballerito!

PAQ. ¿Tú sabes con quién hablas?

JUL. Ya se lo dije á ustedes.

FED. ¡Ah! Enrique. Tenemos que arreglar unas cuentas. ¡Mis cartas!

ENR. ¿Cuentas? (Como no sea la del hotel.)

JUL. No, Federico. Mi hermano no tiene la culpa...

MARG. No se alarmen ustedes. Participo á ustedes mi próximo enlace con el Marqués del Suspiro del Moro. (En este momento aparecen Musette y Pepe)

TOM. ¿Qué? ¿Has oído?

HIL ¡Eh! De modo que... usted.

MARQ. (Aparte) (Vuelvo á sentirme grande, me agi-

ganto.) Sí, señor, sí; presento á ustedes á la futura Marquesa del Suspiro del Moro.

MUS. ¿Oyes esto? ¿Te casas?

MARG. Sí. ¿Qué tenemos? Déjame ahora.

MUS. Entonces, yo entro en un convento.

TOM. ¿Por qué?

MUS. Para guardar distancias.

MARQ. Eso les probará á ustedes que Federico es inocente y que María Luisa le ha perdonado.

HIL. No: eso me prueba que el inocente es usted.

MARQ. ¿Yo inocente? ¡Magras!

HIL. Pero usted me explicará...

M. LUISA Nada, papá. Yo creo en él y basta: le quiero mucho, papá; ha sido un caballero, papá.

MARQ. Ha sido un caballero.

TELES. No me queda más que ver. Esta chica está loca. Paquita, no te accidentes.

PAQ. No, mamá; no vale la pena.

HIL Yo necesito una explicación, sin la cual...

MARG. Mañana, cuando venga usted á almorz r conmigo...

HIL. ¿Yo? (No me comprometa usted.)

MARG. Sí; su papá de usted quedó en almorzar mañana conmigo, para tratar de un asunto, una venta de cuadros antiguos, y no sé si algo más.

HIL. No, nada más...

MARG. Allí se hubiera encontrado con su tía de usted.

TELES. ¿Conmigo? ¿Yo?

MARG Usted, que deseaba conocer el secreto de cierta combinación para ganar siempre... Enrique me lo dijo por encargo de usted.

TELES. (¡Qué sofoco!)

MARG. Y yo rogué á usted que se pasara mañana por el hotel, y allí podríamos hablar, porque la explicación es larga. Estoy segura de que no hubiera usted faltado... Por algo preguntó usted el número de mi cuarto. Ni su niña de usted tampoco...

PAQ. ¿Yo? ¿Qué dice? Mamá...

MARG. Porque el régimen para adelgazar necesita una explicación práctica, que solo en mi

casa podría yo darle. Por algo preguntó usted si podría usted entrar en el hotel sin que la vieran.

PAQ. (¡Qué vergüenza!)

M. LUISA ¿De veras? ¡Já, já, já!... Pero la tía... y mi prima... ¡Y hubieran ido!

MARG. Ya lo creo. Lo que prueba que ninguno de ustedes debe indignarse por la aventura del automóvil. Viniera Federico engañado por una locura mía ó por su propia voluntad, como él, todos, hombres y mujeres, tenemos alguna debilidad, alguna pasioncilla, algún flaco, por el que cualquiera puede llevarnos á todas partes.

MARQ. Sí; todos tenemos nuestro móvil... ó nuestro automóvil; el tuyo era el de sacrificarte algún día como la Dama... Ya lo has conseguido. ¿Estás contenta?

MARG. Ahora me falta... que ellos lo agradezcan... y que ustedes me aplaudan...

TELÓN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Teatro Fantástico.
Versos.
Cartas de mujeres (Agotada).
Figulinas.
Noches de verano.
El criado de Don Juan.

TEATRO

El nido ajeno, tres actos.
Gente conocida, cuatro actos.
El marido de la Téllez, un acto.
De alivio (Monólogo).
Don Juan (Traducción de Moliere), cinco actos.
La Farándula, dos actos.
La comida de las fieras, cuatro actos.
Teatro feminista (1), un acto.
Cuento de amor (Refundición de Shakespeare), tres actos.
Despedida cruel, un acto.
La Gata de Angora, cuatro actos.
Por la herida, un acto.
Operación quirúrgica, un acto.
Viaje de instrucción (2), un acto.
Modas, un acto.
Lo cursi, tres actos.
Sin querer, un acto.
Sacrificios, tres actos.
La Gobernadora, tres actos.
El primo Román, tres actos.
Amor de amar, dos actos.
Libertad (Traducción de Rusiñol), tres actos.
El tren de los maridos, dos actos.
Alma triunfante, tres actos.
El automóvil, dos actos.

EN PREPARACION

En Madrid y en varias casas (Novela).

---

(1) Música del maestro Barbero.
(2) Música del maestro Vives.

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta en todas las librerías.

Será considerado como fraudulento todo ejemplar que carezca del sello de la *Sociedad de Autores Españoles.*